

BOLSIBROS BRUGUERA

la conquista del
ESPACIO

YO VENDI EL PLANETA

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Datos del libro

Autor: Garland, Curtis

ISBN: 9788402025258

Generado con: QualityEbook v0.60

YO VENDI EL PLANETA



CURTIS GALAND

YO VENDI EL PLANETA

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 268

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS —
MEXICO**

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal B. 29.886 — 1975

Impreso en España — Printed in Spain

1.^a edición: SEPTIEMBRE, 1975

© **CURTIS GARLAND** — 1975

texto

© **SALVADOR FABÁ** — 1975

cubierta

*Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.***

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

*Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.***

Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

PROLOGO

SOY culpable.

Lo admito. Lo admitiré siempre. Hace tiempo que vengo admitiéndolo. Culpable del más terrible error jamás cometido por el hombre. Culpable de la mayor vileza, quizá...

Se dirá que existen atenuantes. Lo sé. Yo mismo las he sopesado cuidadosamente, aun antes de tornar mi decisión actual, con todas sus consecuencias. Yo mismo he estado midiendo el pro y el contra de mi acción, y he llegado a pensar que no toda la culpa fue mía.

Soy humano. Y, como tal, tengo derecho a sentirme débil en algunas ocasiones. Especialmente, cuando aquello que uno más quiere está en trance de destruirse. Se lucha egoístamente. Por uno mismo. Y por cuanto supone su propia existencia, su felicidad personal. Tal vez, también, la de un ser amado, a quien uno no quiere ver aniquilado.

Sí. Quizá hubo esas atenuantes, no sé a ciencia cierta. Pero ahora sirven de bien poco para justificar mi actitud de entonces. Ahora no tienen el más mínimo valor ante el grito de mi propia conciencia.

Estoy perdido, y lo sé. Quise ganar algo de un desastre tremendo, y lo que hice fue perderlo todo y hacérselo perder a los demás. Fue hundirme y hundir a otros en el apocalipsis más delirante que pueda imaginarse.

Pero, claro, yo entonces.. no lo sabía. Ni podía sospecharlo. Desde un principio estuve seguro de que las cosas no podían ser tan buenas como parecían. Pero por otro lado, la balanza se inclinó decisivamente cuando los demás, bien ajenos a lo que les esperaba, me cerraron la última puerta.

La puerta...

Dios mío, sólo mencionar esta palabra, recordarla, me trae espantosos recuerdos. No tiene nada que ver una cosa con otra, pero por simple asociación de ideas, vuelve a mi mente, con toda nitidez, el más espantoso de los recuerdos: la puerta... *Aquella* puerta de la que solamente yo tenía la llave...

Ahora no hay remedio posible. No existe forma humana de volverse atrás, de desandar lo andado. Pero existe una forma, una sola, de zanjar las cosas de una vez por todas. De pagar, en parte, el mal cometido, aunque éste ya no se remedie jamás.

Estoy decidido. Firmemente decidido. No hay otra salida para mí, para mi conciencia responsable. Debo hacerlo, con todas sus consecuencias. Si tuve suficiente valor para una cosa, debo tenerlo para esta otra. Y así será.

Hoy mismo. *Ahora*. No puedo esperar más. O sería demasiado tarde, incluso para eso. Debe ser en este momento. Espero que Dios perdone todo el mal que cometí. Y el que puedo cometer ahora., Pero no tengo otra salida. No puedo adoptar otra decisión.

Cuando echo la mirada atrás, todo aquello me parece imposible. ¿Por qué tuvo que elegirme el destino *precisamente* a mí? ¿Por qué?

Cualquier otro hubiera podido ser la persona designada para tan terrible decisión. Y no fue así, sin embargo. Tuvo que tocarme a mí el sorteo del azar. Tuve que ser yo el primero y el último hombre vivo que hiciera algo semejante. Yo.

¿Cómo pude pensar nunca que el destino me había escogido para interpretar el papel que ningún otro ser humano podría repetir, ni tan siquiera imaginar? Era una verdad delirante, una posibilidad enloquecedora, que no se nos ocurrió a ninguno jamás. Era un hecho alucinante, fuera de nuestra comprensión. Algo ridículamente pequeño... y sin embargo de inmensas, aplastantes consecuencias para el mundo.

Porque yo lo hice. Yo fui quien tuvo la oferta y la aceptó. Yo, quien hizo la transacción más aterradora que nadie pudo jamás sospechar. Yo, un hombre oscuro, una persona vulgar, incluso sentenciada a un rápido y triste final... Yo, Marcus Kilby... VENDÍ EL PLANETA TIERRA.

Vendí mi propio mundo, mi planeta. Yo, que no tenía nada, sin saberlo siquiera, era el *único* dueño real de la Tierra en esos momentos.

Y apenas tuve ocasión, cuando no podía ni sospecharlo, se presentó una oferta, una sola. Alguien... alguien quería comprar la Tierra. .

Y yo la vendí. ¡Dios mío, yo vendí mi mundo a un extraño comprador!

Eso sucedió justamente cuando yo estaba a punto de morir...

Primera Parte

LA LLAVE Y LA CERRADURA

CAPITULO PRIMERO

Apunto de morir.

Había llegado el momento. La mirilla en la puerta metálica se abrió con un leve chirrido. Miré hacia allá, estremecido súbitamente. Mi cuerpo hizo crujir la litera.

—Marcus Kilby —dijo fríamente la voz.

—¿Sí? —respondí roncamente, sintiendo cómo el escalofrío subía por mi columna dorsal y cosquilleaba glacialmente mi nuca.

—Estás en la lista de ejecución —me explicaron con voz tan metálica y fría como la hermética puerta de mi celda—. La apelación fue denegada.

—Ya... —respiré con fuerza. Sentí la boca seca. El sudor se cuajó en mi rostro, pese al frío que sentía en esos momentos—. ¿Y cuándo..., cuándo será?

—Esta madrugada —dijo secamente.

Y chascó el metal al cerrarse de nuevo, dejándome solo y aturdido en el cuadrículo agobiante de mi celda.

Esta madrugada... Miré mi reloj, alucinado. Las agujas marcaban exactamente las doce. El mediodía. Afuera, apenas si había luz. Por el ventano angosto y enrejado, se filtraba la claridad grisácea de una mañana turbia y nublada. Hacía frío allí dentro. Y también afuera, al otro lado de aquellos muros impenetrables.

La madrugada. Sólo unas pocas horas. Dieciséis o diecisiete. Acostumbraban a llamar a los reos a las cuatro y media o cinco de la madrugada. Los preliminares llevaban cosa de veinte a veinticinco minutos. Siempre algo menos de media hora. Luego... la ejecución. Así habían sido siempre las cosas.

Así seguían siendo en mi país, como en tantos otros que se llaman civilizados y honestos. Los delitos podían ser diversos. El

delito común o el delito político. Importa poco, a fin de cuentas. El Estado no permite rebeldías de ningún tipo. La ejecución es su arma. Ellos sí pueden matar. Ellos son los que están en lo cierto, los que tienen la razón. Nosotros, los condenados, no. El hombre, por sí solo, nunca tiene razón. La sociedad, lo establecido, el poder, sí la tienen. Es así. Se quiere que sea así.

Ahora me había tocado a mí. Era yo, Marcus Kilby, quien iba a seguir el mismo camino de todos los demás. Lo había estado esperando. Sin embargo...

Sin embargo, tenía miedo. Morir siempre da miedo. Siempre aterra el preguntarse qué habrá *después*.. *si* es que hay algo.

Aun así, en estos momentos no pensé solamente en mí mismo. Había más. Algo más. *Alguien* más.

Y ese alguien a mí me preocupaba. Ese alguien a mí me obsesionaba, preguntándome cuál sería su suerte cuando... cuando yo me hubiera marchado definitivamente, por aquel corredor largo, frío y crudamente alumbrado, camino de las tinieblas eternas.

Ella... ¿Qué sería de ella finalmente?

—Mi amada Ivy... —murmuré con voz apagada, en la soledad de mi celda—. No puedo hacer nada por ti. Absolutamente nada, Ivy querida... ¡Y ahora menos que nunca!

Sepulté el rostro entre las manos. Creo que incluso clavé mis uñas en la carne, hasta sentir dolor. Pero no me importó. Había dolores más profundos e irresistibles que aquél. Dolores que estaban dentro de mí, no en mi piel, no en mi cuerpo.

Ivy iba a quedarse sola. Ni siquiera sabía por cuánto tiempo, pero.. sola. Sola, rodeada de desesperanzas, amargas, quizá dolores físicos y morales por un igual... No quería pensar en ello, pero resultaba inevitable de todo punto. Ella llenaba mi mente, ella era absolutamente todo lo que invadía en esos terribles momentos mi cerebro, mis pensamientos y mis terrores.

Ivy...

Ivy, presa como yo, en alguna celda del pabellón de mujeres. Ella, como yo, privada de libertad. Pero ella no corría peligro. No el peligro de muerte reservado a los hombres. La ley había resuelto, años atrás, abolir la pena capital en las mujeres. Era el único factor positivo para Ivy. Pero me preguntaba si, a veces, no era mejor morir que sufrir durante años interminables toda clase de

vejaciones, de torturas físicas y morales...

Esa era su suerte. Y no podría ayudarla ya jamás. Ni siquiera me sería posible darle el consuelo de saberme cerca de ella, de cruzarnos alguna vez por las largas galerías del cautiverio, cruzando una fugaz mirada de patética angustia, pero también de infinito amor mutuo.

No. Eso se había terminado. Ella ni siquiera sabría lo que estaba sucediendo aquella madrugada. Sería una noche como tantas otras. Luego, al día siguiente, conforme marcaba la ley, le sería entregada una fría notificación de la Dirección de Prisiones, informándola escuetamente que su esposo, Marcus Kilby, había sido ejecutado, cumpliendo la sentencia de pena capital aplicada en mi caso por el delito de rebeldía, ideología subversiva y muerte de un funcionario del Estado.

Así sería. Así de simple y de doloroso para Ivy. ¿Qué podía importarles el dolor a todos ellos? ¿Qué ha importado nunca el dolor de los humanos a quienes tenían por misión gobernarnos y velar por nuestra condición de hombres libres... o lo que fuese?

Mirando hacia atrás, uno comprendía que no toda la culpa era de ellos. Se habían limitado a aprender barbaridades de dos largos milenios de civilización (?) del Hombre, tomando lo peor de cada época y de cada pueblo, para tratar de hacer con ello, una absurda bandera de paz, concordia y felicidad. Absurda, porque todo era tan falso como una máscara de cartón, risueña y sonriente, sobre la faz dolida y llamada de un ser agonizante y torturado.

Dejé, de pensar en todo ello.

La mirilla se había abierto de nuevo. Unos ojos fríos y escudriñadores, perfectamente insensibles, me contemplaron desde el otro lado.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté—. ¿Han traído el indulto?

—Marcus Kilby, en nuestras, leyes no existe el indulto —me recordó secamente el hombre situado al otro lado de la puerta—. Deberías saberlo.

—Lo sé —reí entre dientes—. Bromeaba, eso es todo.

—¿Tiene gracia tu situación?—dudó él.

—Si se le busca, posiblemente sí. Me gustan los chistes malos. Ese de ahora lo es. El chiste de un idealista que era lo bastante idiota para imaginar que el mundo aún tenía arreglo. Es para reír a

carcajadas.

—Dijeron, que eres, un tipo valeroso. Veo que no mentían. Los he visto llorar, gemir, clamar por la vida...

Si soportas así hasta el fin, te habrás ganado el respeto de todos.

—Me tiene sin cuidado vuestro respeto —corté con aspereza—. Mal puede preocuparme que me respeten aquellos a quienes yo no puedo respetar. Si buscas conversación, lárgate ya. No tengo ganas de hablar más que con la única persona honrada que conozco: conmigo mismo.

—Valeroso, v. y también altanero. El orgullo sirve de poca cosa, Kilby.

—Posiblemente. También la vida sirve de muy poco. Y el someterse. Y el humillarse. Y el aclamar al triunfador, y el obedecer a los tiranos. . Sí, todo eso es basura. Suciedad humana que apesta, guardián.

—No soy tu guardián —me replicó—. Soy el alcaide.

—Vaya... Eso sí que es un honor.

—Es rutina. Vengo a ofrecerte lo único que está en mi mano hacer, conforme estipula la ley, Kilby, si estás de acuerdo en ello.

—¿Y es...? —indagué, sin saber a qué parte de la ley se refería.

—Despedirte personalmente de tu esposa.

Me estremecí. Ivy... No sabía eso. Nunca lo supe. Un condenado a la última pena tenía derecho a la despedida... Era humanitario. O quizá monstruoso. No lo sé. No podía estar seguro de si quería darle las gracias o escupirle a la cara.

Resolví finalmente no hacer nada de eso. Incliné la cabeza. Tragué saliva, pero aun así hablé con voz ronca, insegura:

—Sí —murmuré—. Estoy de acuerdo...

* * *

—Marcus...

—Ivy...

Nos miramos largamente. Pudimos incluso tocar las yemas de nuestros dedos, en un roce leve, a través de la rejilla metálica que nos separaba. Ante nuestros rostros, una especie de mirilla plástica, servía de perfecta separación a ambos. Imposible aproximarnos. Imposible tocar nuestros labios, en mutuo contacto. Sólo vernos. Hablarnos. Despedirnos, en suma.

—Tienen diez minutos —había dicho el celador especial de la

cámara de comunicaciones, entre los dos edificios celulares, el de hombre y de mujeres—. Sólo diez minutos.

Y había pasado ya uno largo, sin decirnos otra cosa que nuestro nombre, en un murmullo emocionado. Ivy estaba pálida, demacrada. Tenía las ojeras marcadas muy profundamente en torno a sus bellos ojos color violeta suave. Los labios, habitualmente rojos y jugosos, no se mostraban sino lívidos y secos. El cabello, de un rojo suave, como el cobre bajo la luz de una lámpara tenue, le caía descuidadamente, con laxitud. Ivy empezaba a ser el espectro de sí misma. Un fantasma hermoso todavía, porque siempre había sido hermosa. Sentí un escalofrío imaginando el resto. Después de morir yo, pocos meses más tarde, un año o dos después... ¿qué sería de Ivy, encerrada en su celda, rodeada de otras mujeres marchitas como ella? Era enloquecedor. Pero no podía gritarle a ella lo que pensaba. Ya era suficiente con esta prueba. Precisaba serenidad. Ante todo, mucha serenidad. Debía quedarle un buen recuerdo de aquel momento. El mejor posible. No habría ya otro momento nunca más.

—Ivy, no hay que desesperar —dije, por decir algo—. Aún cabe la posibilidad... de un indulto.

—Imposible —rechazó ella—. No existe el indulto en las leyes actuales, Marcus.

Maldita sea. Ella lo sabía. Debía haber preguntado exhaustivamente. Estaba muy segura de todo. No podía engañarla.

—Perdona —murmuré, bajando la cabeza—. Valía la pena probar... por si lo ignorabas.

—Claro —sonrió dulcemente—. Valía la pena querido.

Nuestros dedos se rozaron. Sólo las puntas. Temblé.

—Ivy... —susurré—. ¿Cómo te tratan? —Bien. No tengo queja. No sufras por mí. Eres tú quien...,

—No, no hay motivo tampoco. Lo peor es lo que ha de venir. Por ahora... todo va bien. Me respetan, tratan de hacerlo todo fácil, lo más agradable posible... Ivy, dejemos de hablar de esto. Quiero que olvides todo lo que va a suceder. Que lo olvides pronto. Y que todo esto no deje en ti sino una leve huella pasajera.

—No puedo, Marcus. ¡No puedo! —gimió Ivy—. Te necesito... Si al menos supiera que sigues viviendo, encerrado cerca de mí, sin vernos ambos siquiera, pero consciente de que existes, de que

piensas en mí... —Pensaré en ti hasta el último momento.

—¡Marcus! —de sus ojos rodaron dos lágrimas lentas—. Oh, Marcus, es injusto todo esto. No mataste a nadie, no hiciste daño a nadie... Sólo tus ideas, tu afán de rebeldía...

—Fue suficiente. Quebranté las leyes. Yo lo sabía Nunca debiste tratar de ayudarme. Te hubieras quedado al margen, Ivy. Serías libre...

—¡Libre! ¿Para qué quiero yo la libertad ahora? —gimió—. Es tu vida, Marcus, tu vida la que cuenta... No puedes morir. Hay que hacer algo, intentarlo todo... ¡Luchar, Marcus, luchar como sea!

—¿Luchar? —repetí asombrado—. ¿Cómo? ¿En qué forma? No existe lucha posible ya. Es el fin, Ivy Debemos aceptarlo. Sólo siento que... que nunca lleguemos a conocer ese hijo en el que pensábamos...

—Esos bastardos... —musitó ella—. Al capturarnos aquel día, me golpearon los agentes de seguridad. Caí de la escalera, ya recuerdas... Todo se perdió entonces. Nunca se lo podré perdonar. Si un día me fuera posible... les mataría, Marcus.

—Cielos, no hables así. No sueñes siquiera en venganzas. Tú no, Ivy. Sería para ti lo peor del mundo. Ya sabes: el Centro de Investigación y todo lo demás... Te destruirán más lenta y cruelmente que en una vulgar ejecución...

—Cuando tú faltes, Marcus, todo eso me importará muy poco —murmuró ella lentamente—. No existe nada que me ligue al mundo, a la vida... Nada, excepto tú... Y voy a perderte de un momento a otro para siempre. Después de esto, Marcus... ya nada cuenta. Esperaré. Viviré pensando en mi venganza. Y ese día seré feliz. Muy feliz. Haría lo que fuese por vengarte en la persona de tus verdugos. Muy feliz. Mi vida, entonces, tendría un objeto. Eso será lo único que me ayudará a vivir.

—No sigas —la interrumpí—. Ya sabes cómo funciona todo esto. Habrá micrófonos ocultos, grabarán nuestra conversación... Pueden tomar represalias por tus palabras.

—Que lo hagan. No me asustarán por ello. Ni derrumbarán mi voluntad. Tengo fe en que un día todo esto puede terminar. La injusticia, la tiranía, por mucho que se disfraza de falsas apariencias de felicidad, de amor, de paz y de hermandad, no pueden durar indefinidamente. Y cuando duran demasiado, su desplome es total,

devastador. Así será una vez más, estoy segura.

La miré, asombrado. Ivy nunca había sido corrosiva. Ni tan rebelde cómo yo... Ahora, de repente, parecía ser otra. Una mujer llena de ira, de afán de revancha. Casi me dio miedo. Pero quizá tuviera razón en algo. Tal vez, después de muerto yo, ese afán de justicia, ese sueño casi imposible con la venganza... mantendrían su ánimo en vilo, su voluntad inquebrantable. Era mejor tener algo por lo cual vivir, a no tener nada ni a nadie.

—No puedo cambiar tu modo de ser y de pensar, Ivy —murmuré—. De cualquier forma que sea, querida mía... el tiempo se acaba. Quiero que pienses esto: mi último recuerdo será para ti. Y si me fuera posible vender en estos momentos mi alma al diablo, a cambio de tu libertad y de tu vida, lo haría gustoso, aunque quizá no a cambio de la mía. Por desgracia, esas cosas sólo suceden en la ficción. En nuestro tiempo, ¿quién puede creer en un diablo comerciante, qué te ofrezca algo a cambio de tu alma? Adiós, Ivy, mi vida. Hasta que nos encontremos de nuevo... donde te estaré esperando hasta el fin de los siglos.

—¡Marcus! —sollozó, incorporándose, aferrándose a la valla metálica de separación, tratando en vano de alcanzarme—. Marcus.. mi vida, aún no...

—Es hora —dijo el celador, acercándose—. Han pasado los diez minutos. Vamos, Kilby.

Le seguí dócilmente. No quise mirar atrás hasta un momento antes de salir del locutorio. Ivy sollozaba amargamente y la funcionaría de sexo femenino de su pabellón tiraba de ella, firme pero inútilmente.

Me despedí:

—Adiós, Ivy, cariño...

Oí mi nombre, en un quebrado sollozo ahogado. Luego, la puerta se deslizó fría, silenciosamente, interponiendo su superficie plastificada sobre el metal, como un insalvable muro que me impedía ver a Ivy por más tiempo. Su imagen, su última imagen, quedó impresa en mi retina, en mi memoria... para no borrarse jamás.

Luego, volví a la celda: A esperar la muerte.

CAPITULO II

NO es agradable esperar. Nunca lo ha sido. Pero esperar la muerte... lo es menos todavía. El tiempo se hace a veces interminable. No obstante, de repente, se da uno cuenta de que no habrá ya otro tiempo. Ni otra espera. Y entonces, el tiempo se hace rápido, fugaz, terriblemente cortó...

Eso me sucedía a mí. Era mi problema actual. El último, imaginaba. Y no me faltaban razones para pensarlo. Aquél era el umbral de la muerte. El principio, del fin. Dentro de pocas horas, Marcus Kilby sería solamente un rígido cadáver en el depósito del centro penitenciario. La justicia se habría cumplido, como tienen el cinismo de decir en semejantes casos las autoridades correspondientes.

De cualquier modo, se me hacían largos los minutos. Quería terminar ya de una vez. Lo antes posible. Imaginé que no sería demasiado pecado desear la muerte, cuando otros seres humanos iban a administrármela fríamente, con monstruosas excusas de legalismo, justicia y todo eso. Comprendía, incluso, a los suicidas que terminan con su vida en la celda. Es un modo de abreviar las cosas. Y, en cierto modo, de burlar a la propia ley hecha por los hombres.

Estaba divagando. ¿Qué podía importar ahora todo eso? Morir de un modo u otro es, simplemente, morir. Y ahí termina todo. O empieza, ¿quién puede saberlo? Un hombre dedicado, a la electrónica, el magnetismo, la cibernética y todo eso. Un tipo que llegó a creerse importante. Un científico del Estado. Como todos. El Estado es omnipotente y omnipresente. Es todo. Absolutamente todo

Y, de pronto, el error. El tremendo error. O lo que fuese. Porque

tenía mis dudas. No sabía si mi error estuvo en hacer lo que hice... o en ser funcionario del Estado. Debí irme a las montañas. Y hacerme pastor. O bandolero. Si es que había pastores o bandoleros, que ya no estaba seguro de nada en este mundo, todo eso pasaba por mi mente con rapidez. Eran recuerdos, jirones, simples retales de una vida que se extinguía, de un pasado fugaz y cercano. No podía evitarlo. Supongo que a todos les pasa igual en mi situación.

Recordé también borrosamente mis experimentes..., mis investigaciones frustradas, rotas como mi propia vida, por culpa de todo lo sucedido. Los laboratorios electrónicos, mis pruebas para recoger en una pantalla luminiscente, de un material plástico, ondas electromagnéticas llegadas del espacio, y capaces de concretarse en imágenes tridimensionales, con lo que los astrónomos y los cosmonautas tendrían así una inapreciable ayuda para recibir auténticos mapas celestes, en relieve, de las regiones cósmicas que desearan explorar.

Todo eso, arrinconado. Olvidado, en mi laboratorio electrónico. Para siempre. Como objetos inútiles, que nadie emplearía ya. Ruinas como mi propia vida...

—Marcus Kilby —sonó de pronto la brusca voz en el exterior de mi celda.

—¿Sí? —enarqué las cejas, mirando al rostro medio visible tras la mirilla—. ¿Tan pronto? Las horas pasan muy deprisa...

—No, no es la hora todavía. Esta es una visita rutinaria. Puedes pedir tu última voluntad. Lo que sea, siempre que resulte razonable y factible. Tienes derecho a ello.

—Oh, es cierto. Ya lo había olvidado. Por completo. La última voluntad y todo eso... Muy humanitarios. Pero creo que no siento particular interés por nada, amigo.

—Lo que sea, Kilby: comida, bebida, música... Lo que sea.

—No, gracias. Puede irse. No quiero cosa alguna.

—Como quieras, Kilby. Pero volveré a preguntártelo más tarde. Dentro de una hora. Es la ley. Puedes pensar mientras tanto, por si cambias de idea.

—Sí, supongo que eso es también la ley —suspiré cansadamente.

Me quedé solo otra vez cuando la mirilla se cerró. Pisadas suaves y frías se perdieron en el corredor aséptico de la prisión. El celador se alejaba. Volvería una hora más tarde. Era la ley.

Me acomodé en la litera. Cerré los ojos, tratando de no pensar en nada, de relajar mis músculos y dar reposo a mi mente, en un vacío absoluto.

Casi, lo logré. Casi. Cuando menos, los primeros minutos. Pocos. No sé si cuatro o cinco. No más, desde luego.

Porque, de repente, *aquello* me interrumpió, —Marcus Kilby, profesor de electrónica

—Sí, claro —rezongué, irritado por la interrupción. Abrí los ojos para mirar al celador con disgusto. Pegué un respingo—. ¿Eh? ¿Qué significa...?

Sencillamente, no había mirilla. No había celador. No había nadie.

Yo seguía estando solo. Respiré hondo. Era mala cosa aquella de imaginar cosas como una voz humana. Tal vez empezaba a fallarme algo en la mente.

Volví a bajar los párpados. Traté de concentrarme, de no pensar tonterías, de no escuchar voces raras en mi cráneo. Lo que viviera, quería seguir siendo normal, no un estúpido chiflado.

Esta vez sólo fue un minuto. De nuevo la voz:

—Marcus Kilby... Has escuchado mi voz. No estás loco.

No abrí los ojos. No valía la pena. Sabía que no, iba a ver a nadie. Quizá era una nueva, una sutil forma de tortura que había empezado a experimentar el gobierno. Respondí en voz alta, como si hablase conmigo mismo en mi cuarto de aseo:

—Claro que estoy loco. No se oyen voces donde no hay nadie. ¿Dónde está el truco, si no?

—Tampoco hay truco. Estás escuchando lo que hablo, eso es todo.

—¿Y quién eres tú? Nunca, oí antes esa voz.

—Mi nombre no te diría nada. No merece la pena que hablemos de mí. Sólo de ti, Kilby.

—¿De mí? ¿Por qué? —era absurdo, delirante. Estaba hablando con alguien que no existía.

A veces tenía la rara impresión de que aquella voz de tono metálico, lejano, pero nítido y preciso, nacía en mi cerebro y no salía de él. Pero fuese como fuese, yo la captaba con toda claridad. Y estaba respondiendo a sus palabras, como la cosa más natural del mundo.

Añadí:

—Si esto no es un ensayo de mis amables verdugos, no tiene el menor sentido. .

—Todo tiene sentido, Kilby. Depende de saberlo encontrar.

—Ya. Razonas con fría lógica. Pero tu voz me suena rara. Deshumanizada, diría yo.

—No le falta razón. Es una voz hecha de impulsos electrónicos. Tú entiendes de eso, Kilby. Eres experto en tales cosas.

—Sí, pero no entiendo nada de fantasmas —resoplé, abriendo de pronto los ojos, para comprobar que allí, en mi celda, todo seguía igual—. Y esto tiene todo el aspecto de una sesión espiritista, o poco menos.

—La electrónica no es espiritismo. Tú lo sabes. El magnetismo produce sonidos.

—Oh, claro. Pero para eso hace falta un emisor... y un receptor. Aquí no hay nada de eso, que yo sepa. Es una celda. Con un solo ocupante: yo. Únicamente un altavoz oculto podría explicar nuestro tonto diálogo, mi desconocido amigo.

—No hay altavoces. Y no es ningún diálogo tonto, Kilby. Es, quizá, la diferencia entre tu vida y tu muerte. Yo soy el emisor. Y *tu cerebro*, es el receptor. Así se crea un circuito, ¿no es cierto?

—Cierto —admití, buscando con mis ojos en todos los rincones del aséptico y desnudo recinto en que me hallaba, la posible explicación al enigma fonético qué estaba viviendo.

No hallé nada anormal. Continué, tratando de contemporizar con mi fantasmal comunicante:

—Pero imagino que tu voz puede oírla cualquier otra persona...

—No. Sólo tú, Kilby, porque está hecha de vibraciones electromagnéticas dirigidas a tu cerebro. De mente a mente, ¿vas entendiendo?

—Ya. Telepatía... con sonido —sacudí la cabeza, perplejo—. Es fantástico. No puedo creer una palabra, amigo. Precisamente porque es *demasiado* fantástico...

—Creas o no, esta conversación seguirá: Espero que al término de ella, sí estés convencido. Y que sus resultados sean buenos para ambos. Para ti... y para mí.

—Los resultados me tienen sin cuidado. En estos momentos poco importa lo que ocurra. Para, un tipo que va a dejar de existir, lo

demás es totalmente secundario.

—Te dije que significa la diferencia entre vivir o morir. Dialoga conmigo, escucha mis palabras... y si tu respuesta es afirmativa, salvarás tu vida.

—¡Mi vida! —solté una carcajada. No pude evitarlo—. Por Dios, es lo más ridículo que he oído hasta ahora. Aquí ya no hay medio de salvar la vida. Nadie puede hacerlo. Desde esta celda se va a la que sirve de escenario de ejecuciones. Y todo sé termina. No hay indultos. No hay perdón. No hay evasiones. Nada.

—Estoy yo

—¡Tú! ¿Qué podrías hacer tú, a quien ni siquiera me es dado ver, para salvar mi vida de su triste destino?

—No puedes verme. Estoy físicamente muy lejos de ti. Sólo mi voz puede llegar hasta ti, Kilby.

—¿Y esperas lograr algo de ese modo? Ivy, mi esposa, seguirá en prisión por el resto de su vida. Y yo iré a la cámara de ejecuciones, eso es obvio. Ni tú ni nadie puede impedirlo, diga lo que diga.

—¿Y... si te ofreciera la vida y la libertad? ¿A ti y a tu esposa?

—Oh, no tiene sentido hablar de todo eso. Daría todo. No poseo nada, pero imagino que hasta podría vender mi alma... —me detuve, suspicaz. Miré al vacío—. No serás el diablo, ¿verdad?

—No, no —aquella voz extraña, metálica, que repercutía en mi bóveda craneana, como si su dueño estuviera dentro mismo de mí, hasta, tuvo cierto matiz burlón ahora—. No quiero tu alma para nada, Kilby.

—¿Cómo sabes mi nombre, si estás tan lejos de mí?

—Eso es largo de contar. Lo sabrás pronto... si tu respuesta es afirmativa.

—Afirmativa... Ni siquiera sé cuál es tu pregunta.

—Sencillamente, la que ya te hice: ¿quieres ser libre, quieres que lo sea tu esposa, y que ambos seáis libres?

—¡Cielos, claro que sí! —me apresuré a exclamar. Para añadir luego, abatido—: Oh, no, por Dios, es demasiado cruel este estúpido juego, sea cual, sea su motivo y su naturaleza...

—Has respondido afirmativamente. Es tu primera afirmación, Kilby. Tendrás que dar tres, para que obtengas lo que quieres.

—¿Tres afirmaciones?

—Sí. A tres preguntas. Formulada la primera, quedan otras dos:

¿estarías dispuesto a venderme algo que necesito, a cambio de ese gran favor para vosotros dos?

Imaginé... Imaginé a Ivy libre, a salvo de una vida entera entre rejas... Me imaginé a mí, a su lado de por vida. Los dos con una vida por delante... Era demasiado imaginar. Mi voz fue un murmullo fervoroso:

—Sí, sí... ¡sí! Lo que sea... Nada poseo, pero daría todo por ese milagro..., si fuera posible, claro.

—Lo es. Ahora tu tercer sí. ¿Quieres aprovechar tu última voluntad, Kilby, y pedir algo a ese celador? Algo que pueden proporcionarte... y que es lo único que yo necesito, lo único que yo te pido...

Miré a la nada, al vacío. Como si un ser invisible estuviera flotando ante mí, dentro de la celda.

—¡Sí! —grité casi, con voz ronca—. Haría lo que fuese, daría lo que fuese... No sólo por mí. Por ella, por Ivy... Imaginar a mi mujer... libré, a salvo, cerca de mí... Dios mío, si es una burla, será la más cruel y ruin de todas las imaginables. Si fuese cierto, sería el más fabuloso milagro que pudiera realizarse.

—Has dado tu respuesta, Kilby. Ahora, ten fe. Espera y confía. Pide algo al celador. Es tu última voluntad, recuerda.

—¿Y... qué debo pedir? —gemí, vacilante, incorporándome en la litera, sin querer creer nada de todo aquello, pero movido por una débil llama, una lucecilla lejana de esperanza, de fe en algo que pudiera devolverme a la vida. Pero, sobre todo, que pudiera hacer de Ivy, de mi Ivy, una criatura libre, ¡libre para siempre!

—Solamente una cosa, Kilby —dijo la voz metálica, extraña y misteriosa—. Una cosa que dejaste en tu laboratorio: tu estuche de trabajo.

—Mi estuche..., —boqueé, asombrado— Mis cosas... Pero ¿por qué, para qué?

—No preguntes, Kilby. Yo me comprometo a cumplir mi promesa para ti y para Ivy. Tú, límitate a cumplir tu parte. Promete igualmente cumplir lo que has afirmado. Será suficiente. Deja lo demás en mis manos.

—Está bien... Por probar, no se pierde nada...

Me precipité a la puerta metálica de mi celda. La golpeé y llamé repetidamente, casi frenético:,

—¡Celador! ¡Celador!... ¡Sí deseo una última voluntad!
¡Celador!...

CAPITULO III

—**T**U última voluntad está cumplida, Marcus Kilby. Aquí tienes cuanto solicitaste. Deberás devolverlo media hora antes de la ejecución.

—Sí, por supuesto —afirmé, tomando con ambas manos la plana caja cerrada que contenía todos mis útiles, previamente revisados y comprobados en detectores, electrónicos de seguridad, para no correr riesgos los responsables del sistema penitenciario—. Lo devolveré cuando se me exija... Gracias, amigo, gracias.

—Puedes prometerles lo que quieras —rió la voz metálica, *dentro* de mi mente, ya que no capté en el guardián reacción alguna al sonar aquellas palabras en mi cerebro y mis oídos—. No habrá nunca esa ejecución, puedes estar seguro...

No respondí a mí invisible amigo. No podía permitir que los funcionarios del recinto penal sospecharan nada. Cuando la puerta se cerró con un chasquido ominoso, respiré con alivio. Deposité mi caja sobre la litera, mirando luego en derredor mío, casi con avidez:

—¿Y ahora...? —musité estremecido.

Hubo un silencio. Por un momento temí que la alucinación hubiera terminado, que todo volviera a la normalidad, y aquello no hubiera sido sino un delirio de mi mente febril, ya, en los umbrales de la muerte.

Creo que jamás he sentido mayor goce que cuando la metálica vibración fonética prosiguió, dentro de mi cerebro:

—Ahora, Kilby, llegará lo más importante. En tus manos está la clave de tu vida, de tu libertad. Y de la de Ivy, tu mujer. Has elegido el camino, hiciste una promesa, y no puedes volverte atrás bajo pretexto alguno. No soy de la clase de seres que faltan a su palabra. Pero tampoco tolero que los demás falten a ella. . Esto es

un pacto, Kilby.

—Un pacto...

De nuevo, inevitablemente, me acosó el recuerdo de Fausto. Pero lo rechacé. Aquel ser no pedía almas, sino unos simples elementos cibernéticos de mi invención, totalmente inofensivos, en período de ensayo, y cuya utilidad sólo yo conocía. Por primera vez me sentí sorprendido, preguntándome cómo pudo aquel ser llegar al conocimiento de tantos detalles sobre mi vida y mi obra.

—Sí, un pacto entre tú y yo. Aún estás a tiempo de volverte atrás, por supuesto. Después, ya será demasiado tarde. No habrá remedio posible. Habrás de seguir adelante, te guste o no.

—Todo lo tengo perdido —suspiré—. Vida, libertad, amor, felicidad... Y también Ivy. A cambio de todo eso para nosotros dos, te daré cuanto pudiera un hombre poseer en este mundo. ¡Todo! Y sin la menor vacilación.

—¿Lo harías... aunque eso significara algo malo para quienes te han traído aquí y te han sentenciado a morir, apartándote de tu esposa? —insistió la voz.

—Sí. En ese caso, mejor que nunca. Pero ¿es posible todo eso que me estás prometiendo?

—Lo será dentro de unos pocos instantes. Cuando tú hagas lo que te voy a indicar.

—¿Y qué es ello?

—Ante todo, abrir ese estuche. Luego, desplegar tu pantalla electromagnética, conectar la batería de energía. y...

Escuché con asombro. El fantástico ser conocía todos los secretos de mi ingenio, según parecía. Lo que yo no podía entender es de qué serviría todo aquello... ni cómo iba a conseguir fuerza alguna sacarnos a Ivy y a mí de aquellas celdas...

Pero hice lo que me pedía. Abrí el amplio estuche, conecté las baterías de energía concentrada y desplegué la pantalla plástica, color aluminio azulado, que empezó a llenarse de centelleos, de vibraciones electromagnéticas...

—Ahora, toma los mandos de tu pantalla —ordenó la voz.

Obedecí. Mis dedos se apoyaron en el teclado multicolor de control. Esperé.

—Y ahora... —prosiguió la voz—, escucha estos datos. Anótalos en esa pantalla graduada y marca las distancias en tu teclado...

—Pero... ¿a qué conduce todo esto?—quise saber, mientras me disponía a obedecer sus instrucciones.

—A una puerta, Kilby —me respondió enigmáticamente—. A una fantástica puerta, de la que sólo tú en el mundo tienes la llave... y hasta la cerradura.

* * *

La llave. Y la cerradura.

En aquellos momentos no acabé de entender bien lo que me sugería la extraña voz llegada de alguna parte para mí remota e indescifrable. Lo cierto es que ese sonido raro, metálico, como hecho de vibraciones sutilmente entrelazadas para dar la impresión de una auténtica garganta humana, había despertado en mí, cuando menos, la esperanza y la ilusión de vivir.

Si estaba loco, si era presa de delirios o de alucinaciones inexplicables, si mi mente se había trastornado, pese a mi habitual frialdad, ante la presencia inmediata de la muerte todo eso sería falso, un puro espejismo que se diluiría a la hora de la realidad: la de mi ejecución inaplazable.

Si era así, yo no podía evitarlo. Creo que valía la pena vivir aquel sueño, aquel delirio o lo que fuese. Valía la pena luchar, aunque fuese inútil y absurdo. Porque eso, al menos, mantendría ocupado mi cerebro durante una serie de minutos, de horas, realmente preciosos. Evitaría, tal vez, que mi demencia tomase otros derroteros peores.

Mi mayor esperanza se llamaba Ivy. Dios mío, ¿sería posible que ella... Ivy... pudiera ser libre nuevamente, salir de la prisión, ser ella otra vez, sin peligro alguno sobre sí?,

Sólo por eso, era preciso seguir adelante. Aunque ahora, alarmantemente, no llegaba hasta mí el sonido de aquella voz amiga, de aquellos mensajes mentales, que nadie sino yo podía escuchar, y que me habían conducido a esta situación actual, situado ante mi caja de experiencias electrónicas, mientras quizá allá fuera; en el corredor de la penitenciaría, mi guardián permaneciera alerta, receloso, preguntándose qué podía estar yo tramando en estos momentos..., o qué clase de locura era la mía, que me había impulsado a juegos de niño grande, de investigador grotesco, justo cuando la guadaña suprema estaba aguardándome, inexorable, en una cámara letal preparada mimosamente por el

Estado.

Pese a no escuchar la voz del «amigo» fantasma, seguí adelante con el experimento. Tal y como él me había señalado el camino: distancias, radiales que confluían en una especie de singular mapa celeste en relieve, vivido de color y de formas, que las radiaciones electromagnéticas, captadas por mi sistema, directamente del propio espacio cósmico, iban modelando con increíble perfección y minuciosidad en lo que antes era sólo una plegable y crujiente pantalla plástica vacía, de metalizado color. .

De repente, era como estar asomado a una ventana: Una pequeña ventana de gigantesca visualidad, asomada al panorama deslumbrante y estremecedor del Cosmos todo, visto desde nuestro mundo. La ventana más fantástica jamás imaginable, para el espectáculo más sobrecogedor de todos los tiempos.

Ni siquiera los astronautas podían tener tan límpida imagen, allá en sus naves espaciales. Parecía que podía hundir mi brazo en aquella lámina superficial, y encontrarme con el vacío, con la nada, con aquella inmensidad negra, salpicada de millones de astros, de miríadas de nebulosas, de cuerpos celestes en rotación y traslación eterna alrededor del Punto Omega de la Creación...

Era fantástico. Inverosímil. Pero lo cierto es que lo hice. Como fascinado, como sugestionado por unos sentimientos que ningún investigador serio y consciente se pudo jamás permitir, convertido acaso en aquel niño grande que creía ser últimamente yo, Marcus. Kilby, experto en electrónica y cibernética, condenado a muerte por el sistema, extendí mi brazo tembloroso, mis dedos estremecidos, sabiendo que la ilusión se desvanecería inmediatamente... y tocaría tan sólo la superficie metálica, ahora salpicada de electricidad estática, de mi pantalla magnética.

Pero aun así, lo hice. Alargué el brazo, desplegué mi manó, como en un saludo imposible a la inmensidad planetaria. Y cuando iba a tocar con la punta de mis dedos la electrificada superficie plástica de mi pantalla extendida ante mí...

Entonces sucedió.

Pasé la pantalla. Mi brazo *salió* al vacío.

Y detrás, yo mismo.

Salté la ventana.

Supe que era imposible. Pero estaba en el espacio. Sin paredes,

sin rejas, sin celdas. Libre en el vacío cósmico.

* * *

La ventana...

¿O la puerta..., la cerradura... y *la llave*?

Ecos de una lejana carcajada metálica retumbaron sordamente en mi bóveda craneana, como si ésta fuese una vasta nave vacía.

La Voz volvió a mí. Era, como antes, una voz metálica, vibrátil y, sin embargo, amistosa. Al menos, para mí:

—Sí, Marcus Kilby... Ahora has entendido. Vas entendiendo, ¿no es cierto?

—No, no es cierto —murmuré.

Y ni siquiera oí mi voz. No capté los sonidos de mi garganta, pero sentí que hablaba, lo capté solamente en mi cerebro. Era como si, realmente, flotase en aquel vacío infinito. Porque en el vacío no pueden propagarse las ondas sonoras. No se pueden oír sonidos, por la sencilla razón de que no hay aire para desplazar sus vibraciones.

Aterrado, proseguí:

—No es cierto, quienquiera que seas. No puedo entender lo que no tiene sentido, lo que no es realizable... La visión de este espacio es sólo aparente, una proyección tridimensional, no una imagen real ni directa. ¡Sólo es una pantalla, no una ventana al espacio!

—No es una ventana, propiamente dicha, Marcus Kilby. . Es... *la puerta*. Tú tenías su llave y su cerradura, te lo dije. Bien. Has abierto la puerta. Has cumplido. Saliste de tu mundo, de tu planeta. Eres libre. Libre en el vacío estelar, libre como ningún hombre lo ha sido jamás en la historia de tu mundo, porque tú ni siquiera necesitas una nave, un vehículo cósmico... Eres libre, porque puedes utilizar esa misma puerta que has abierto para mí, y desplazarte en el Cosmos... Eso forma parte de nuestro pacto. Te dije que te lo concedería: la libertad, la vida... A ti y a Ivy, tu esposa...

—Ivy... Ella no está aquí conmigo. Ella sigue prisionera. ¡Ella no tiene una pantalla tridimensional de ondas electromagnéticas! —grité, sin oír mi voz.

—¿Qué puede importar eso? —su voz sonaba clara, dominante, segura de sí—. Te lo prometí, y yo siempre cumplo mis promesas hasta el fin. Ella es libre. Será libre inmediatamente.

—Pero esta clase de libertad... En el vacío, en el espacio... ¿Es eso, lo único que puedes concederme?

—No soy un viejo genio de la lámpara de vuestras leyendas infantiles. No concedo favores con la sola fricción de esa lámpara o destapando la botella donde se encierra el ser fantástico... Esto es un pacto entre amigos. Y lo que te prometí, está concedido. Puedes desplazarte por doquier. Al espacio, a otros; mundos, a tu propio mundo, en todos los lugares de éste donde desees. Es sólo una promesa cumplida, no un don. Utilízalo, sin embargo, como tu juicio te dicte. Pero eso sí: jamás para traicionar nuestro tratado. Jamás para engañarme, Marcus Kilby. Recuerda que nuestro pacto es eterno.

—¿Eterno? —musité, mientras sentía que mi cuerpo flotaba en el espacio, entre estrellas y planetas, en un lugar indefinible de la Vía Láctea; nuestra galaxia...—. ¿Acaso alguien es eterno, realmente?

—Desde ahora, tú lo eres. E Ivy. Como lo somos nosotros. La eternidad, Kilby, forma parte de la libertad del hombre. Libertad, vida... no muerte. Es lo que te prometí.

—¡Eternidad! Una vida eterna... ¿Eterna juventud también? —gemí, a sabiendas de que ahora sí que era todo un sueño, una alucinación de mis pobres sentidos. De que, de un momento a otro terminaría... y estaría allí, en aquella misma celda, esperando la muerte, hablando conmigo mismo, convertido en un guiñapo humano.

—Sí, Kilby. Eterna juventud también. Para ti y para Ivy el tiempo... vuestro tiempo, se ha detenido. Desde este mismo momento. Y ahora, descansa un poco. Tus sentidos no soportarían cierta clase de *shock*. Es mejor pasar el trance dormido, en reposo... Luego, tu despertar será más placentero. Más tolerable, amigo Kilby... Y gracias. Gracias por dejar tu puerta abierta... Has hecho por mí mucho más que cuanto yo haga por ti, puedes estar seguro de ello.

Quise contestar algo, decirle que temía despertar, que me horrorizaba la idea de volver a la realidad y dejar atrás aquel sueño maravilloso y sorprendente, como cuando Alicia volvió del país de las maravillas...

«¿Quién les va a hacer caso? ¡Si no son más que un mazo de cartas!.

. :

»La baraja entera se elevó por los aires y comenzó a caer

desordenadamente sobre Alicia, que lanzó un pequeño grito y empezó a defenderse a manotazos.

»Al hacerlo, se encontró de golpe en la ribera del río, acostada y con la cabeza apoyada en el regazo de su hermana...

»—¡Despierta, querida Alicia!—le dijo su hermana—. Te has quedado dormida un buen rato...

»—Ah, no sabes qué sueño más raro he tenido...»

Qué sueño más raro he tenido... Qué sueño más raro... Qué sueño... Sueño... *Sueño...*

Y como si al evocar de modo absurdo, supongo que como lo hiciera la propia Alicia de Carroll, el mundo onírico del País de las Maravillas, fuese invadida, mi mente por la sugestión hipnótica de ese sueño, me sumergí yo mismo en una oscuridad total y serena, en un vacío oscuro, interminable, sin soles, mundos ni astros, donde todo era paz, descanso, inconsciencia...

Y dejé de pensar. Dejé de sentir.

CAPITULO IV

HABÍA llegado el terrible momento. El despertar.

Despertar...

«Dios mío, ¿por qué, por qué?», gimió mi mente, angustiada, apenas abrí los ojos y supe que mi sopor había terminado. Y con él, los sueños. Todos los sueños. Como Alicia en la margen del río, ya no habría mundos remotos, ya no existirían imaginaciones posibles. La realidad volvería en toda su crudeza. Porque sólo en sueños una niña puede vivir junto a un conejito apresurado, una tortuga artificial, merendar con la Liebre de Marzo, escuchar el graznido del Grifo, o verse acosada y odiada por la Reina de Corazones, mientras los gatos ríen en las ramas de los árboles...

Y porque sólo en sueños un hombre puede abandonar el mundo, desligarse de la Tierra y flotar, volar hacia mundos remotos, sin ayuda de ingenios espaciales ni de atavíos cósmicos...

Además, sólo en sueños se escapa a la muerte, porque en la realidad, ésta siempre alcanza su presa, más tarde o más temprano.

A pesar de todo, tuve que abrir los ojos. Tuve que mirar en derredor, deslumbrado por la claridad que hería mis pupilas, esperando oír la voz de mi celador, implacable tras la mirilla: .

—Es la hora, Kilby. Entrégame tu estuche de investigaciones. Dentro de media hora es la ejecución...

Parpadeé deslumbrado, sin haber visto otra cosa, que la propia luz. Sin saber si estaba solo o con la presencia ominosa del celador ante mí. O quizá del alcaide mismo, para anunciarme que había llegado el momento supremo.

No. No estaba solo. Sentí un leve crujido a mi lado, y me estremecí. No quise abrir los ojos ahora. Esperé.

Y una voz murmuró, cerca de mí:

—Marcus.. es la hora.

Una convulsión agitó mi cuerpo. ¡La hora ya! Dios mío, qué cantidad de locura podía almacenarse en la mente de un hombre condenado a muerte... Incluso había llegado a tal punto la distorsión que había creído oír *la voz de Ivy*, avisándome de que ya era la hora de ir a la ejecución.

—Marcus... —insistió la voz—. Es hora de despertar. Ya pasó todo...

Y seguía igual. Era *su* voz. La voz de mi mujer. Furioso conmigo mismo, con mi mente desquiciada, que me hacía soñar imposibles, imaginar ilusiones dolorosas y crueles, abrí bruscamente los ojos, dominé el deslumbramiento y me erguí, enfrentándome con la persona que me hablaba.

—¡Ya basta! —rugí—. ¡No quiero seguir soportando más torturas! ¡Decidme de una vez por todas lo que...! ¡IVY! ¡Tú!...

Era ella. Ivy. Junto a mí. Mirándome muy fijamente. Casi con sobresalto, como asustada por mis gritos. Pero con un gesto de comprensiva ternura en sus ojos...

—Ivy... —susurré, sintiéndome desfallecer—. No, no es posible. El sueño no puede continuar...

—Marcus... Marcus, querido... *No es un sueño* —murmuró ella.

Y se arrojó en mis brazos, con un sollozo. Y besó mis labios. Sentí el contacto palpitante, cálido. Noté la presión de su cuerpo contra el mío.

Era real... Tremendamente real. Indiscutiblemente real.

Ivy y yo. Como antes. Como siempre. ¿O esto formaba también parte del sueño?

Si era así, quizá vida y sueño, realidad y fantasía, no eran tan diferentes como uno pudo imaginar. Quizá el ciclón que asoló Kansas y el vuelo de Dorothy sobre los chapines mágicos, desde la Tierra de Oz, de regreso a su casa campestre con tía Em, tampoco fueron un sueño, sino parte de la cotidiana realidad gris de la muchacha, fundiéndose con la magia multicolor del mundo fabuloso de Esmeralda, la ciudad del mago de Oz².

Empezaba a preguntarme cual era el gran misterio del mundo onírico, cuando Ivy me habló con palabras que no teman riada de mágicas ni de misteriosas. Su tono de voz, su gesto, su mirada hacia mí, no revelaban honduras metafísicas o imposibles delirios, sino

una realidad rotunda y maravillosa:

—Marcus, es cierto todo. *Está* sucediendo. Somos tú y yo... y éste es el despertar de una pesadilla, no la fantasía de un sueño. Yo también..., yo también me pregunté lo mismo que tú... hasta que comprobé que todo era real. Que todo sucedía como vemos, y no como un imposible soñado.

—Pero..., pero esto... —miré alrededor, aturdido—. ¡Esto no es una celda!

—No, Marcus. No hay celdas ya para nosotros. Estamos libres.

—¡Libres!

—Libres tú y yo, sí.

Y la sentencia, la pena de muerte... ¡La ejecución, Ivy!

—Suspendida para siempre —sonrió, con un destello radiante en sus ojos—. Eso terminó. No me preguntes cómo pudo suceder, porque lo ignoro. Es más: creo que *tú* eres quien tiene la explicación a todo esto...

Miré, asombrado, a Ivy. Traté de recordar. La Voz, la pantalla electromagnética, mis mapas celestes en relieve, tomando vida propia, dimensión real, *profundidad* auténtica..., camino de los astros. Era increíble, pero coincidía.

—Dios mío... Entonces no ha sido un sueño —murmuré, incorporándome lentamente, mirando en torno mío aquella confortable habitación de algún hotel o residencia urbana de lujo en la que anteriormente, desde luego, jamás había estado yo. El sueldo de un investigador no daba para tanto. El sistema se creía utópico, pero seguían existiendo clases sociales y económicas en el mundo. Aquel recinto era digno de millonarios, de magnates... y de políticos oportunistas.

—¿Qué es lo que no era un sueño, Marcus? —me preguntó ella, acercándose a mí.

No miré a Ivy, sino al ventanal situado frente a mí. Las cortinas estaban corridas. Las hice deslizar con una leve presión del resorte. Miré al exterior. Calles vacías, bien iluminadas, radiantes. Respiré hondo. No había esperado volverlas a ver jamás. Sin embargo, allí estaban. Frente a mí. Frente a Ivy. Sin rejar. Sin guardianes. Sin cerraduras herméticas.

—Es de noche ya —murmuré—. ¿Cuánto, tiempo ha transcurrido?

—No sé. Supongo que aún no ha amanecido, Marcus. Estamos en invierno.

—Claro —apreté los labios. No vi vehículo alguno. Ni persona viviente en toda la urbe—. Se supone que ahora debería estar camino de la cámara de ejecuciones o poco menos...

—Sí, creo que sí, Marcus. Pero olvida eso. Ya no va a suceder.

—Quizá no. Pero me gustaría saber qué ha sucedido. ¿Puedes contármelo tú, Ivy?

—Sé muy poco. Esperaba que tú me lo explicaras, querido. Sólo puedo recordar que, de súbito, la celda donde estaba recluida se iluminó extrañamente. Un zumbido lejano, persistente, sonó en mis oídos, en mi cerebro, hasta aturdirme. Creo que me desvanecí entonces. Algo, una voz, me decía cosas durante mi sueño...

—¿Cosas? ¿Qué cosas? —fruncí el ceño, volviéndome hacia ella.

—Extrañas y maravillosas cosas, Marcus —oprimió con, fuerza mi mano—. Que era libre, que tú habías comprado mi libertad y mi vida, a cambio de algo... Que también tú eras libre y no morirías. Es más: que no moriríamos *nunca*... Que seríamos eternamente jóvenes... Supongo que todo eso es fantástico, Marcus, pero... al despertar me vi en este hotel, a tu lado... Traté de salir, y pude hacerlo. El hotel está vacío, pero nadie cerró las puertas al abandonarlo... Pisé la calle. Desierta, pero *mía*. . Me moví por ella libremente. Asustada, regresé a tu lado. Y entonces... entonces has empezado a despertar. Por, ello esperaba... que tú me explicaras esto...

—Explicarte... —suspiré. Miré de nuevo a la calle vacía, extrañamente vacía—. Será difícil, Ivy. Muy difícil. Quizá me tomes por loco, quizá por visionario...

—No, Marcus. Después de lo sucedido, todo es posible ya. No sé lo que está sucediendo, pero somos libres los dos. Y me pregunto... me pregunto qué va a suceder ahora... Marcus, ¿qué sabes tú sobre todo lo que nos está ocurriendo a nosotros dos?

—Sólo sé que alguien me pidió la llave para abrir una puerta... y yo se la facilité. No sé mucho más... No entiendo nada. Sólo puedo decirte, aunque no lo creas, que he viajado por el vacío, por el espacio mismo, como hecho espíritu, energía, algo intangible, etéreo, sin volumen ni peso. Y que una voz me decía que habíamos ganado nuestro derecho a ser libres y a vivir... ¡A vivir eternamente

jóvenes, Ivy, tal. y como tú misma has dicho!

—Pero... ¿a cambio de qué, Marcus? ¿Qué ofreciste a cambio de eso? —me miró casi asustada, y yo entendí lo que pasaba por su mente.

—No, no es eso —rechacé—. No pacté con el diablo, si es lo que estás pensando, querida. Es algo mucho más oscuro y enigmático. Ni siquiera sé con *quién* hablé... Pero acepté una oferta e hice un pacto. Parece ser que cumplí mi parte. Y él la suya. Ahora, sólo me pregunto una cosa, Ivy: ¿qué ha sucedido con el resto de la gente? ¿Dónde se han metido los vehículos, el personal de este hotel, las patrullas de policía, todo cuanto constituye la vida humana en esta ciudad, sea la hora que sea?,

—Sé tanto como tú —ella se encogió de hombros—. Tal vez no sea ésta la misma noche en que perdimos la noción de las cosas. Quizá hemos dormido un período de tiempo... y al despertar, algo haya cambiado, la gente haya emigrado, o cosa así... ¿Qué podría decirte yo, Marcus, si nada sé ni nada entiendo?

—Si lo pudiera entender yo, cuando menos... —murmuré abatido, paseando por la lujosa habitación del hotel, tan enjaulado como pude sentirme cuando esperaba la pena de muerte en mi celda de la penitenciaría del Estado—. No sé, Ivy, pero aunque no pactase con el diablo... tengo un extraño presentimiento. La ridícula idea de que... algo... está mal hecho. De que he cometido un error terrible...

—¿Un error que significa vivir... y ser libre? —dudó Ivy—. ¿Y vernos unidos de nuevo... después del momento de nuestra despedida, cuando pensamos que era ya la última vez que nos veíamos? ¿Llamas a eso un error?

—Ivy, estamos pensando sólo en nosotros dos... Pero ¿y los demás? —señalé hacia la ventana—. ¿Dónde están? ¿Qué ha sido de la gente?

—Marcus, ¿crees que los demás se preocuparon por tu suerte cuando ibas a ser ajusticiado? ¿Remordió a alguno la conciencia el hecho de que yo fuese a permanecer toda una vida encarcelada, sabiendo muerto a mi esposo, con unos horribles y vacíos años por delante, para terminar muriendo lentamente, llena de amargura y de dolor? ¿Se molestó alguien en interesarse por nosotros? ¿Hubo piedad o comprensión en los gobernantes, en las autoridades, en el

pueblo, en las gentes por quienes ahora tú te inquietas, Marcus?

Bajé la cabeza. Quizá era cruel pensar así. Pero Ivy tenía razón. Y después de todo, yo no podía arreglar ya nada. Recordé lo que la Voz dijera, antes de perder yo la noción de las cosas:

«Has elegido el camino, hiciste una promesa, y no puedes volverte atrás bajo pretexto alguno... No soy de la clase de seres que faltan a su palabra. Pero tampoco tolero que los demás falten a ella. Este es un pacto, Kilby.»

Sí. Era un pacto. Pero ¿con quién? ¿Qué había ganado él a cambio de ese pacto desesperado, firmado de palabra en la celda de muerte de un condenado?

Si al menos pudiera escuchar de nuevo la Voz... Aquellas palabras metálicas, vibrátiles, como radiaciones materializadas en sonidos dentro de mi propio cerebro... Pero ríe escuchaba nada. Ninguna voz, salvo la de Ivy, me llegaba a los oídos. La voz de Ivy... Pensar que hubiera dado todo lo imaginable poco antes por escucharla así, y ahora estaba preocupado por todos aquellos que, durante nuestra agonía personal, no se habían molestado lo más mínimo en pensar siquiera en nosotros, como en tantas otras víctimas de la falsa utopía de los gobernantes de nuestro tiempo...

—Perdona, querida —musité—. Creo que estoy nervioso, excitado, que no he logrado todavía serenarme ni comprender la magnitud de lo que nos sucede... Lo importante es que ambos estamos unidos otra vez. Tú y yo... y la vida por delante. ¡Cielos! ¿Por qué debo pensar en otra cosa, cuando esto fue mí imposible obsesión de terribles jornadas de angustia?

Me abracé a Ivy. La besé, y me besó. Nos fundimos en un abrazo intenso como nuestro amor, como nuestra nueva felicidad rescatada...

Y ya no pensé en nada más. No volví a preocuparme por, los seres humanos, por el resto de la Humanidad, por la ciudad misteriosamente callada y desierta en la noche...

Quizá hice bien. Porque las siguientes horas transcurrieron veloces. Ivy y yo nos quedamos dormidos, tras la explosión de nuestro mutuo amor, contenido durante meses enteros de cautiverio...

Yal amanecer un nuevo día, cuando la luz del sol entraba ya a raudales por la ventana, en la que dejara descorridas sus espesas,

cortinas, la voz afable me saludó tras el sonido del zumbador del visófono de la habitación.

—Buenos días, señores. ¿Han descansado bien? Si desean desayunar, les bastará pulsar el botón azul de la mesilla, y nuestro sistema automático les atenderá de modo inmediato. Gracias, señor Kilby...

La imagen sonriente se borró de la pequeña pantallita de televisión del aparato de comunicación, al tiempo que terminaba de hablar la voz afable.

Pero lo importante es que era la imagen de un ser humano, de un rollizo y sonriente conserje de hotel, como cualquier otro. En suma: los temores de la noche anterior se borraron radicalmente en ese mismo momento, como se había borrado, al parecer definitivamente, la pesadilla de la prisión y la muerte.

Había gente en la ciudad. Había seres humanos alrededor. La vida continuaba.

Me precipité fuera del lecho, mientras Ivy me contemplaba sorprendida. Miré al exterior, más allá de la ventana...

Todo igual. Como siempre. Como antes... La calle llena de sol, los pasos deslizantes con miles de peatones, los vehículos por tierra y aire, la actividad general de siempre, en todo cuanto abarcaba la vista. Incluso los más rápidos sistemas de transporte, por las cintas elevadas, a diferentes niveles urbanos...

Y la policía.

Me estremecí, clavando mis ojos en los coches patrulla de motor eléctrico, deslizándose por las calzadas, en sus rondas habituales. Coches con el distintivo de la ley, con su número de orden en la carrocería plateada... Con su odioso proyector de luz roja, el mismo que me bañó en claridad la noche en que yo huía de la ley, tras haber visto morir al delegado del gobierno, cuando cayó por la barandilla de aquella planta alta, en su afán por arrojarme a mí, para terminar con la vida de un rebelde enfrentado al Estado y a sus normas...

—Ivy... —murmuré—. ¿Y qué va a suceder cuando salgamos de aquí? ¿Qué hará la policía contra nosotros, puesto que todavía seremos dos personas situadas al margen de la ley?

—Entonces... ¿todo vuelve a la normalidad? —indagó Ivy, preocupada, yendo a reunirse conmigo.

Asentí, aunque no hacía falta. Ella estaba mirando ahora al exterior, contemplando con inquietud aquella normalidad que era, quizá, nuestro mayor antagonista.

—Por un momento llegué a pensar que seríamos conducidos a otro lugar, donde permanecer impunes. Pero aquí, en nuestra propia ciudad... —dudé, fija mi mirada en uno de aquellos coches patrulla de la policía del Estado.

—Pero no podemos permanecer encerrados en este hotel, Marcus. Forzosamente habremos de salir de él... o sería lo mismo que continuar prisioneros de por vida.

Sería una prisión mucho más llevadera —suspiré, mirándola—. Pero no tiene sentido. No es esto lo que me prometieron, sino auténtica *libertad*. Ivy, espérame, un momento.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó alarmada—. ¿Adónde vas?

—A la calle, naturalmente.

¡No, Marcus, a la calle no!... Si volvieran a apresarte, a llevarte a aquella horrible celda...

—Tarde o temprano, hay que correr el riesgo. Tú lo dijiste: no podremos permanecer aquí toda una vida. Cuanto antes salgamos de dudas, será mejor. Si me capturasen, si todo volviera a ser como antes, Ivy, alguien que no soy yo habría dejado de cumplir su palabra, y el pacto estaría roto. No me parecía el dueño de esa Voz un ser capaz de faltar a su promesa... aunque ignoro cómo diablos logrará hacerlo., Me vestí con celeridad. Ivy, resueltamente, me imitó. Luego, me tomó con fuerza de la mano. Me miró a los ojos. Y sonrió, animosa.

Vamos, querido —dijo—. No me apartaré de ti en esa prueba. Ni en ninguna otra. Para bien o para mal, esta vez iremos juntos los dos. Y no habrá prisión. No para mí. Antes de que me capturasen... todo terminaría para mí.

Y vi cómo tomaba de un estuche de aseo propiedad del hotel, unas afiladas tijeras de frío acero, que ocultó en sus ropas. Parpadeé, sin tratar de detenerla. Me limité a decirle, mientras abandonábamos la habitación:

—Si hubiera tiempo para ello... esa misma arma serviría para acabar también con mi vida, Ivy. Esta vez no habrá cárcel. Ni ejecución estatal, palabra.

Luego, salimos de la habitación del hotel. Un ascensor

automático ríos dejó en la planta baja. Cruzamos un vestíbulo con gente, botones, personal solícito que iba de, un lado a otro, viajeros que llegaban y viajeros que salían... Delante de la rotonda del hotel de lujo, hileras de vehículos de alquiler o privados iban deteniéndose y arrancando después, dejando o recogiendo pasaje. Entregué la llave al conserje, que nos sonrió afablemente.

—¿Van a salir, señores Kilby? —preguntó—. Hace un hermoso día...

—Sí, muy hermoso —asentí, pensativo, disponiéndome a enfilear la salida del edificio.

—Por favor —nos detuvo el conserje todavía—. ¿Van a almorzar en el hotel? Hay un menú especial hoy, que espero sea de su gusto...

—No sé —miré a Ivy de soslayo—. Quizá volvamos, quizá no... Depende de muchas cosas.

Nos miró, como si no entendiera. Y salimos del hotel a la calle soleada, espléndida, maravillosamente abierta a la vida, a la luz, a la libertad... Respiré el aire a pleno pulmón. Oprimí con fuerza, casi optimista, la mano de Ivy.

Vamos —dije—. Hay que intentarlo.

Y echamos a andar, precisamente en dirección a un cercano aparcamiento policial, donde dos coches patrulla permanecían aparcados. Unos agentes de uniforme naranja charlaban entre sí. No recordé haber visto antes ese color en los uniformes de la policía del Estado, pero había Cuerpos especiales de Seguridad que yo desconocía. El hecho me inquietó todavía más. Pero Ivy y yo seguimos adelante con paso firme.

Alcanzamos su nivel. Pasamos junto a los vehículos. Los agentes nos miraron con indiferencia, como al resto de los transeúntes. Si acaso, con algo de interés hacia la belleza de Ivy, pero nada más. Pasarnos de largo. Los dejamos atrás. Respiré con alivio. Mi presión sobre la mano de mi esposa se hizo frenética de júbilo, de esperanza.

Y, de repente...

—¡Eh, ustedes!

La voz. La voz de uno de ellos. No giré la cabeza. Quizá se dirigía a otros. Seguí caminando. Pero los dedos de Ivy, entre los míos, se tornaron fríos y rígidos.

—¡Ustedes, vuelvan! Señores Kilby, es a ustedes...

De modo que era eso. Nos habían identificado. Era el fin. Otra vez el oscuro desastre. Como un hermoso sueño con un horrendo despertar. Giré la cabeza. Les miré con odio, con ira latente. Todo mi cuerpo se tensó cómo una ballesta.

Nos estaban mirando. Uno de ellos comprobaba una tarjeta metálica de identificación. Nos hizo un gesto.

—Vengan, por favor. Es una simple rutina de identificación.

—¿Y... luego? —pregunté secamente, con voz acerada, de duras aristas.

—Luego... vendrán con nosotros, si son el señor y la señora Kilby —informó, escueto, el agente de la ley.

Ivy y yo nos miramos. Luego, ella exhaló un gemido ronco. Como una despedida a muchos sueños e ilusiones forjados tontamente. Creo que la entendí a pesar de no pronunciar palabra. Y supe lo que iba a hacer. No quise evitarlo. No merecía la pena.

Mi mujer extrajo las tijeras. Las alzó sobre sí, para hincárselas en su corazón. Yo esperé, sencillamente, con terrible frialdad. Esperé a verla herida de muerte, para tomar de sus dedos engarriados aquellas hojas de fino acero, e hincarlas a la vez sobre mí.

CAPITULO V

DURANTE unas fracciones de segundo, la muerte resultó una inexorable amenaza para ella. Y, por supuesto, para mí. Si Ivy moría, yo iba a seguirla, sin la menor vacilación.

Los agentes de uniforme naranja nos contemplaban inmóviles, como si aquella reacción fuese algo incomprensible para ellos. Y como si, no tuvieran el menor interés en detenernos.

Sin embargo, *algo* detuvo el brazo suicida de Ivy.

Algo que no pareció partir de ellos, sino de algún punto indeterminado, del aire que nos envolvía. O de la propia Ivy que, de súbito, quedóse como una estatua, rígida e inmóvil, con las tijeras alzadas, flotando sobre su pecho, pero sin llegar a caer, sin que la mano crispada las hiciera descender mortalmente.

La contemplé, aturdido. Traté de saber qué le sucedía, en tanto uno de los agentes de color orange se moviera hacia nosotros, sin prisas, y también sin aire agresivo.

—Ivy... —susurré. ¡Ivy! ¿Qué te sucede?

—No... no comprendo... —me miraba con terror, con asombro. Movía débilmente sus labios—. Puedo entender, hablar, ver... pero no puedo moverme. No puedo hacer nada por mover mi brazo, ni parte alguna de mi cuerpo...

—Tal vez un rayo paralizador de esos malditos verdugos —dije agriamente, volviéndome a los policías, con afán agresivo.

No vi nada en sus manos. Ni ingenio alguno, ni proyector de ninguna clase que afectara a Ivy. Por el contrario, parecían hasta corteses al mirarnos. Y el agente más próximo, en el momento preciso en que yo apretaba mis puños y me disponía a luchar rabiosamente por mi libertad, por Ivy, por todo cuanto creía perdido de nuevo, el policía me informó:

—Si usted es, realmente, Marcus Kilby, señor, le escoltaremos gustosamente al palacio presidencial.. así como a su esposa.

—¿Escoltarnos? —dudé—. ¿Al palacio presidencial? ¿Qué clase de farsa, es ésta?

—¿Farsa? Ninguna, señor. Son instrucciones oficiales del Poder. Estábamos esperando a que ustedes salieran del hotel. Al principio no les identificamos con seguridad, pero creo que son ustedes...

—Sí. Soy Marcus Kilby. Y ella es Ivy, mi esposa. Pero ¿qué tiene todo eso que ver ahora? ¿Por qué ese interés suyo en escoltarnos? Si es policía, ya sabe la verdad sobre nosotros dos. Somos dos prisioneros. Yo, incluso, un condenado a muerte. No me van a decir que súbitamente lo han olvidado todo...

—¿Olvidarlo? No, señor Kilby —sonrió él, mientras hacía unas comprobaciones en la tarjeta metálica de identificación que llevaba consigo—. Sabemos quién es usted y también sabemos quién es su esposa. Pero precisamente aquellas personas que lucharon por la libertad, contra él antiguo régimen, ahora son los héroes del Nuevo Orden.

—¿El... Nuevo Orden? —repetí—. ¿Qué significa eso?

—Tal vez, usted estaba descansando, reposando de las emociones de su liberación, señor, mientras el golpe de Estado se producía, y el mundo cambiaba su fisonomía definitivamente. El poder central la Federación de Estados falsamente utópicos, controlados por tiranos semejantes a los de cualquier otro tiempo pasado, ha sido derribado. Hay un nuevo sistema de gobierno. Un Poder diferente y triunfador, que va a cambiar la faz del mundo. Y es, precisamente, el Poder, quien les reclama a ustedes dos como invitados muy especiales a la sede del Gobierno Central. Porque ustedes, de ahora en adelante, señor Kilby, deberán olvidar su antigua condición de perseguidos, de rebeldes marcados por la ley. Existe una nueva ley, un nuevo sistema. Lo establecido ya no está. Se barrió. Ahora, ustedes son libres. Ustedes son importantes, porque contribuyeron a que esto sucediera. Por favor, ¿quieren venir? Y diga a su esposa que sobran esas tijeras. Nadie va a causarles daño. Y, como ve, existen fuerzas que pueden detener los actos irreflexivos muy oportunamente.

—Sí, ya lo he visto... —preocupado, miré a Ivy, que recuperaba el movimiento, mientras el agente de uniforme naranja sonreía,

realmente amistoso—. ¿Y dice que esa fuerza... es algo que controla el Nuevo Orden?

—Sí, señor Kilby. Así es.

—Espero que siempre sea utilizado para bien, como en esta ocasión —murmuré, siguiendo al agente de policía, junto con Ivy, aún no totalmente recuperada del estupor que le había producido el incidente—. Porque un gobierno que posee semejantes fuerzas a su voluntad... sería temible, si llegase a utilizarlas para el mal...

El policía no comentó nada. Estaba abriendo las portezuelas de un coche patrulla plateado, y nos acomodamos dentro, partiendo rápidamente hacia algún punto de la gran urbe.

Miré a las calles, a la gente, a los vehículos... Todo normal. Todo como siempre. Pero algo había cambiado. Nuevos gobernantes. Nueva vida política. Ahora comprendía la razón de que hubiera «comida especial» aquel día, en el hotel. Ahora vi incluso estandartes, gallardetes, expresiones felices, joviales, en las gentes con quienes nos cruzábamos.

El Nuevo Orden.

Un incruento golpe de Estado, y todo era diferente ahora. Los proscritos de antes, los héroes de ahora. Siempre ha sido así. Recordé la Voz. La promesa, el pacto...

Hubiera querido sentirme feliz, optimista ante el futuro. Recordé también la extraña fuerza paralizante que detuvo a Ivy justo a tiempo.

Y no pude. No pude sentirme feliz, á pesar de que íbamos a ser recibidos por el Poder, por los nuevos gobernantes, en su propio centro oficial...

* * *

—Ya eran esperados. Un momento. En seguida pasarán a presencia del Poder.

Nos dejaron solos en la antesala. Ivy me miró. Y yo a ella.

El Poder. Siempre el Poder... En singular. Con mayúscula. ¿Es que sólo había *un* gobernante? ¿Por qué esa definición tan tajante, tan rotunda y, a la vez, tan impersonal, tan inconcreta?

Miramos ambos hacia la puerta herméticamente cerrada frente a nosotros. Era obvio que detrás de ella se hallaba la persona o personas que nos habían hecho conducir al antiguo Palacio del Gobierno. Nadie la guardaba, sin embargo. No había escolta. Los

agentes nos habían abandonado, simplemente, a la espera de ser recibidos por nuestro misterioso anfitrión.

—No me gusta —dije roncamente.

—¿Qué es lo que no te gusta? —musitó Ivy—. ¿Ser libre, ser importante, haber sido invitado a presencia de los gobernantes del Nuevo Orden?

—Todo eso. Y algo más. Hay cosas que no entiendo.

—¿Sólo por eso no te gustan? Esto es mejor que antes. Mejor que morir. Mejor que extinguirse en una celda, Marcus.

—Pero es que las cosas no están claras, Ivy. ¿Gomo tuvo lugar el golpe de Estado? ¿Cómo abatieron sin ruido, sin lucha, sin violencia, a un gobierno fuerte, a un sistema policial rígido? Es... es incoherente, Ivy. Además, está esa extraña fuerza que paraliza. ¿De dónde viene? ¿Cómo actúa? Somos demasiado conocidos, Ivy. Nos miman, nos halagan. Y anoche... anoche no había nadie en el hotel, nadie en las calles... ¿Adonde fue la gente? ¿De dónde ha venido? Es todo eso lo que no me gusta, Ivy. Siento la rara impresión de, que yo mismo he provocado todo esto de alguna forma. Pero, al mismo tiempo, me parece demasiado importante, demasiado decisivo y trascendente para ser obra mía tan sólo.

—Hiciste un pacto, recuerda...

—Sí, pero ese pacto no hablaba de estas cosas, Ivy

—¿Existe otro medio de ser libre, de no correr peligro... que este de ahora? Con el otro sistema de gobierno, todo seguiría igual. La gente ha recuperado su libertad, su rostro risueño, sus esperanzas... Quizá la utopía falsa de entonces, se convierta ahora en realidad tangible.

El pueblo nunca ha sido feliz, Ivy. En toda la historia, hubo contentos y descontentos. Desconfío de la sonrisa de todos, del aire de felicidad total. No es lógico. Ni siquiera encaja en la condición humana. No sé, Ivy, me suena a... a farsa, a comedia musical, a desfile de Pascua. ¿Qué hay detrás de todo eso?

Ivy miró en torno suyo, inquieta. Puso una mano sobre mi brazo.

—¿No crees que éste es el sitio menos adecuado para hacerte esa clase de preguntas, querido? —murmuró, con bastante sentido de la prudencia, sin duda alguna.

—Bah, ¿qué puede importar eso? —rechacé con cierta acritud—. No sé por qué, tengo la impresión de que, hable donde hable, piense

donde piense... el Poder lo sabe. JE1 Poder lo oye.

—¿Qué? —jadeó Ivy, mirándome con asombro.

—Has dicho la verdad, Marcus Kilby... —dijo una voz—. Eres un hombre muy inteligente. Sí, así es. No importa donde estés... el Poder lo sabe. Venid. Os espero a ambos...

Las puertas se abrieron lenta, solemnemente. Por sí solas, como por arte de magia. Miré a Ivy, asombrado. Ella apretó con fuerza mi mano.

La Voz había sonado. Era aquella misma metálica entonación vibrátil, como remota e inaccesible. Sólo que ahora venía de allí mismo. De detrás de aquellas puertas que se estaban abriendo, y hacia las cuales nos movimos, sin saber qué nos esperaba al otro lado...

* * *

—Bien venido, Marcus Kilby.. amigo.

Era él. Mi amigo de la celda. La Voz desconocida. El ser fantástico con quien hiciera un pacto. Le busqué con la mirada. Me intrigaba saber cuál sería, realmente, su apariencia física. Era algo que llegaba a obsesionarme ahora, mientras avanzaba en busca suya, para conocerlo cara a cara.

El despacho era amplio y oscuro. Una simple claridad tamizada dibujaba detalles de la estancia. Al fondo; vislumbé una especie de figura erguida, humana sin duda, pero de la que me era imposible adivinar siquiera su apariencia. Es más, aparecía de espaldas. Vi unas espaldas anchas, en la sombra. Y poco más.

Cuando menos, era humano. Había empezado a dudar de ese punto.

—¿Me has hecho venir aquí para hablarme? —pregunté.

—Sí. Mis agentes tenían órdenes precisas. Por cierto, he sabido que hubo problemas. Tu querida Ivy pudo haberse matado estúpidamente.

—Ella, como yo mismo, creyó que...

—Sí, sé lo que creyó. Por eso mis hombres utilizaron sus medios para evitarlo.

—¿Cómo? No vi arma alguna en sus manos. ¿De dónde partió esa especie de energía paralizante que impidió lo peor?

—Ellos advirtieron lo que sucedía. Estaban en contacto constante conmigo. Yo les facilité los medios.

—¿Contacto constante? ¿Qué clase de contacto? No advertí nada.

—Mental, por supuesto —rió su extraña voz metálica, ahora ligeramente más humanizada—. Hay ciertas clases de energía que sólo se transmiten mentalmente, compéndelo...

—Sí, lo comprendo —asentí—. Además, es lo que había imaginado.

—Supongo que sí. Eres un hombre de ideas claras. ¿Estás sorprendido por algo?

—Por muchas cosas. Especialmente, por lo que ha cambiado todo en tan poco tiempo...

—Tiempo... —se encogió de hombros, allá en su zona de sombra—. El tiempo importa poco en mi existencia y en la de mi gente, Marcus Kilby. Al menos, vuestro tiempo...

—De modo que eres tú el Presidente del Nuevo Orden...

—Sí, soy yo. ¿Te sorprende eso, acaso?

—No, no mucho. Era fácil suponer que hablé con alguien importante, pero... aún no sé con quién hablé. Con quién hice un pacto. No sé quién eres, ni de dónde vienes... ni cómo sucedió todo...

—La respuesta puede parecer compleja, pero es fácil. Muy fácil, Kilby. Especialmente, para un hombre como tú, especializado en esa clase de tareas cibernéticas. Para ti, la electrónica y el magnetismo no tienen secretos... Por ello, cuando te revele la verdad, comprenderás fácilmente...

—No sé si llegaré a comprender del todo —apreté con fuerza la mano de Ivy entre mis dedos. Traté de identificar aquella figura sumida en penumbras, aquel hombre que me ocultaba su rostro todo el tiempo. Resultaba poco menos que imposible. Pese a ello, proseguí—: De cualquier modo, me gustaría tener una respuesta a muchas cosas. Saber qué ha sucedido, qué es lo que yo hice, para merecer estar ahora libre... y a salvo.

—Es muy natural. Satisfaré tus deseos. Es una de las razones por la que has venido hoy aquí. El Nuevo Orden ha comenzado en el mundo. En tu mundo, Kilby. Y dentro de él, eres un hombre libre, importante y respetado. Estás junto a tu esposa. Ambos podéis ser felices. Y vuestra felicidad durará eternamente, porque vuestra juventud y vuestra vida serán también eternas. Como verás, he

cumplido mi parte. Igual que tú cumpliste la tuya.

—Pero falta saber el porqué de todo esto.

—Sí. A ti, te falta saber el por qué, estamos de acuerdo...

—Has hablado de mi mundo —le miré fijamente. Di unos pasos hacia él—. ¿Es que este mundo mío no es el tuyo?

—No, Kilby —negó rotundamente—. No es mi mundo. No pertenezco al planeta Tierra. . ¿Es que no lo imaginabas ya?

El Poder, el ser que ahora representaba la autoridad y el gobierno, cuando menos en mi ciudad, en mi país, se volvió a mí lentamente. Me llevé un enorme sobresalto ante el rostro de aquel hombre alto, fornido y vigoroso, cuya figura siempre me había producido la impresión de algo familiar...

¡Era mi celador en la penitenciaría donde estuve condenado a muerte, antes de concertar mi extraño pacto con el desconocido!

* * *

El rostro rudo, anguloso y enérgico, me contempló inexpresivo. Los ojos habitualmente duros y desprovistos de inteligencia, destellaban ahora maliciosos. Le vi sonreír, como si todo aquello le resultara muy divertido.

—¿Sorprendido, Kilby? —preguntó suavemente.

—Un... un poco —admití con voz ronca—. ¿Cómo es eso posible...?

—Como comprenderás, no soy la misma persona que te vigilaba en tu celda. Eso no tendría sentido.

—¿Hay otra cosa que tenga mayor sentido, entonces? —dudé.

—Sí. La simple realidad. Sólo soy una envoltura humana que tú conoces. Puestos a elegir, tanto daba tina como otra. Adopté la primera que me vino a mano. Lo importante de un ser viviente no está en su forma física, sino en su inteligencia y en su poder.

—Eso significa, que...

—Eso significa que este cuerpo mío es el mismo que conociste. Pero su cerebro ya no existe. En su lugar, estoy yo. Yo. ¿Entiendes, Kilby? El ser con quien trataste, con quien llegaste a un compromiso formal...

—Pero entonces... ¿no tienes forma física!

—No. No la tengo. Soy sólo una simple radiación, una fuerza invisible, una onda electromagnética, pero provista de inteligencia, de cerebro, de ideas, de poder... Todos nosotros somos así. No

podíamos entrar en la Tierra. Era virtualmente imposible hacerlo, ya que no existía la puerta para romper el muro de radiaciones externas que bloqueaban para, nosotros este mundo vuestro... Logré establecer contacto telepático contigo, merced a un gran esfuerzo. Eras el hombre que necesitaba. El creador de un ingenio capaz de atraer ondas y radiaciones de determinado tipo, rompiendo el bloqueo electromagnético de vuestro propio mundo... Esa pantalla tuya nos atrajo y nos permitió entrar y materializarnos aquí... Luego, sólo necesitaba cada uno de nosotros absorber un cuerpo, una forma material... para disponer de ella en su nueva existencia.

Sentí un escalofrío de horror. De repente, me vino a la memoria la visión nocturna de la ciudad desierta y silenciosa... Luego, el nuevo día, las gentes felices, siempre sonrientes... Todas ellas amables, risueñas... Como maniqués de unos grandes almacenes, como rostros de publicidad...

Maniqués... Rostros publicitarios, falsos... Eso es lo que eran todos. ¡Falsos! Cuerpos en movimiento. Sin problemas, sin sentimientos, sin preocupaciones. Porque debajo de aquella piel, no había nada. Ni cerebro humano, ni emociones, ni sensibilidad humana. ¡Nada!

—No es posible... —susurré, angustiado—. Toda esa gente... la que va por las calles... Los policías, las mujeres, los niños, el conserje del hotel, los funcionarios... *¡no pueden* ser radiaciones magnéticas disfrazadas de personas!

—Lo son, amigo mío —suspiró el Poder, bajo su apariencia artificiosa—. Mi gente necesitaba adaptarse a la forma de vida de vuestro planeta. Puesto que lo hemos comprado, creo que tenemos derecho a elegir nuestra forma de desenvolvernó en él...

—¿Comprado? ¿A quién habéis COMPRADO la Tierra? ¡Este planeta nunca estuvo en venta!

—Te equivocas, Marcus Kilby. Lo compramos. A ti. Tú nos vendiste tu mundo... Fue la parte tuya en nuestro convenio... —sonrió levemente, inclinando la cabeza—. Como comprenderás, el precio por dos vidas, por dos existencias eternas.. tenía que ser alto. Estaba en tu mano venderme la Tierra... y yo la compré. Eso fue todo, Kilby.

—¡No es posible! ¡Yo no pude hacer nunca tal cosa! ¡Fue todo un engaño...!

—No lo fue. Te pedí una llave y una cerradura. Nos las diste. Pero tampoco tienes por qué lamentarte. A fin de cuentas, de no, haber sido por eso, ahora estarías muerto. Y tu esposa estaría en prisión. ¿De qué te serviría a ti que las gentes que circularan por el mundo fuesen las mismas de antes, si tú ya no podías verlas ni tratarlas, si ninguna de ellas se hubiera molestado lo más mínimo por tu ejecución ni por la suerte de Ivy?

—Es... es monstruoso, de todas formas... —sacudí la cabeza, horrorizado—. Y esa gente.. sus sentimientos; su cerebro, su auténtico ser... ¿qué ha sido de ello? ¿Qué sucedió, al ser ocupados los cuerpos humanos por... por esas cosas horribles inmateriales que sois todos vosotros?

Hubo un corto silencio. Luego, la Voz me respondió fría, serenamente:

—Desgraciadamente, Kilby... cuando eso sucedió, esa gente perdió todo lo que poseía. Es decir: su cerebro, sus sentimientos, sus emociones... Dejaron de existir como tales personas, para convertirse sólo en envolturas físicas de nosotros, de nuestras mentes intangibles, puesto que todos y cada uno de nosotros somos simple cerebro, potencia mental, hecha radiaciones electromagnéticas, llegadas de muy lejos...

—Muertos... —susurré, estremecido, mirándole con horror—. TODOS muertos... ¿El mundo entero?

—El mundo entero, sí. Todos los países, todas las ciudades, todos los lugares donde hubiera un ser humano... —hizo un gesto ambiguo y me sonrió—. Lo siento, Kilby. No podíamos hacer otra cosa... Formaba parte de nuestro plan...

—Vosotros y vuestro sucio plan... —murmuré, furioso—. ¡Aniquilasteis a la humanidad entera!... ¡Destruisteis al mundo, a sus pueblos, a su futuro, a todo cuanto llegó a ser...!

—El mundo sigue, Kilby. Y más amable y grato que antes. No habrá violencias. Ni odios, ni muerte... ¹ —No, quizá no. Pero tampoco habrá amor, ni ternura, ni amistad, ni calor humano —repliqué—. Y todo eso, habrá sido obra mía. ¡Mía! Dios mío, ¿cómo pude aceptar? ¿Cómo fue posible que admitiera un pacto semejante, sin comprender que debía existir algo diabólico en él?

—Marcus, fue todo humano —murmuró Ivy—. No te exasperes. Esa Humanidad que citas, no movió un solo dedo para ayudarnos.

Nos sentenció a la peor de las muertes a ambos... Y ni siquiera sabías lo que significaba tu pacto, el hecho de salvar tu vida... No puedes reprocharte nada...

—Ivy, quizá sea así, pero mi conciencia me acusará siempre, toda mi vida... ¡Una eternidad, si es cierto que vamos a vivir tanto tiempo como dijo ese maldito farsante!

—No soy un farsante, Kilby. No puedo mentir, porque no soy humano. Te dije la verdad. Te hice una promesa, y la cumplí. Tu esposa, tiene razón. No llores por los demás. Ellos nunca hubieran llorado por vosotros. Se terminó una tiranía, ¿no es cierto?

—Y llegó algo peor aún —me quejé—. Ni siquiera será una tiranía, sino una vida entre marionetas, entre sonrientes y amables maniquíes de carne y hueso que deambulan de un lado para otro, ocupados por... por ¿qué clase de entes? ¿Llegados de dónde? ¿De dónde, di? Ya que os di entrada en mi mundo, cuando menos tengo cierto derecho a saber a qué clase de invasores permití adueñarse del orbe entero...

El que físicamente fuera mi celador en la penitenciaría, me miró fijamente. Sonrió luego, y sacudió la cabeza con lentitud. Parecía, visto así, un auténtico ser humano. Pero Ivy y yo sabíamos que no había nada de eso en él. Que estábamos ante una criatura que ni siquiera podía ser calificada como «monstruo», ya que no era nada. Sólo energía inmaterial, sólo una serie de ondas eléctricas dotadas de una rara inteligencia...

—No conoces nuestro planeta —murmuró—. Nadie aquí habrá oído hablar jamás de él. Es lejano, remoto, perdido en una galaxia a infinita distancia de la Tierra y da su propia galaxia... Un mundo que tiene poco en común con éste...

—¿Y por qué vinisteis aquí? —clamé, furioso—. ¿Por qué, precisamente, a nuestro mundo, al planeta Tierra?

—Porque nuestro tránsito por el espacio, nos llevó cerca de él en el momento adecuado, Kilby —rió huecamente el Poder—. Y capté las vibraciones de tu ingenio electrónico... Y supe que podíamos llegar a entrar aquí y acomodarnos para siempre... Seremos una nueva Humanidad. Una Sociedad perfecta. Como jamás la hubo. No podrás tener queja de tu nueva forma de vivir, Kilby, estaba seguro de ello... Esto será para ti y para tu esposa, infinitamente mejor que la muerte, que el dolor y la amargura. Ahora vete. Es preferible así.

Vete, y reflexiona sobre todo lo sucedido. Quizá sea malo para tu conciencia, pero es mejor de lo que pudiste soñar en aquella celda de la prisión, ¿no crees?

—El tiene razón, cariño —musitó Ivy, tomándome con sus dos manos, casi patéticamente—. Vámonos, Marcus. Estamos vivos, libres, unidos... y lo estaremos siempre. Tendremos un hogar, una vida propia... ¿Qué nos importará saber que el resto son «extraños», si ellos no se meterán jamás con nosotros, ni nos molestarán lo más mínimo?

—Exacto, Kilby —dijo el Poder—. Es mi palabra. Una promesa que nunca quebrantaré, recuérdalo. Tú y tu esposa... vida eterna. Eterna juventud. Amor, felicidad, un hogar... Todo es vuestro. Política, miseria, dolor, guerras, muerte, odios... Todo eso habrá dejado de existir para ambos. Será vuestra verdadera utopía. La que jamás conocisteis...

—¿Lo ves, Marcus? —musitó Ivy—. Vamos, vamos ya...

Estaba sumergido en un mar de dudas, de confusiones. Pero la seguí. La seguí, aun a sabiendas de que todo aquello era espantoso, de que un futuro tan utópico y perfecto se parecía más a una mecanización a un mundo de robots y de muñecos que a una sociedad humana, con todos sus pecados y virtudes.

—Marcus, debemos recapacitar, reflexionar sobre ello —me indicaba Ivy, persuasiva—. Compréndelo... Nuestra vida, nuestro hogar futuro, nuestros hijos...

¡Hijos!

De repente, la palabra pronunciada por Ivy me golpeó como un mazazo. Me detuve en seco. Giré la cabeza. Me desasí casi a viva fuerza de mi mujer. Me encaré a la nueva apariencia física de la voz. Le interpele agriamente:

—¿Has escuchado eso, *amigo*? ¿Oíste hablar de la palabra «hijos»? Vuestros monigotes de carne y hueso, si no sienten, si rio aman, no se reproducirán... Pero nosotros, sí. Podemos tener hijos. Uno, dos, quizá varios, no sé... ¿Qué sucederá con ellos? ¡Vamos, responde! ¿Qué clase de mundo conocerán mis hijos? ¿Cuáles serán sus amistades, sus relaciones... su futuro, incluso, sin otros seres con quienes unirse y formar familia?

—Lo siento, Kilby. Tú no me preguntaste sobre hijos en la celda —fue la helada réplica—. Y ya te digo que yo nunca miento. Ese

término no es trató en el pacto. Naturalmente, sólo vosotros dos estáis autorizados a ser siempre quienes sois... En cuanto a vuestros hijos...

Se detuvo. Le miré. Dominé un escalofrío, al apremiarle rudamente:

—¡Sí, prosigue! Y en cuanto a nuestros futuros hijos... ¿qué?

Su respuesta no se demoró. Evidentemente, no sabía ni quería mentir. Me respondió con total, con cruda, con terrible sinceridad:

—Lo siento, Kilby... No puedo hacer nada. No sobrevivirían, compréndelo. Apenas nazcan esos hijos tuyos.. serán *ocupados* mentalmente por seres de mi mundo... Todos ellos, Kilby...

—¡Noooo! —aullé, furioso—. ¡Es injusto, monstruoso, es un crimen abominable...!

Y me precipité violentamente sobre el Poder. Alcé contra él mis puños, dispuesto a golpear, a dañar, a rebelarme contra él y contra todo lo que él representaba...

Sólo recuerdo que me quedé súbitamente paralizado, como una estatua. Que mi mente recibió un impacto, como un trallazo cegador, que envolvió mis ideas anulándolas. Mi voluntad dejó de existir. Mi consciencia también.

Sólo oí un grito de Ivy, largo y desgarrador. Luego, una oscuridad profunda me envolvió, y dejé de ser algo en el mundo. Dejé de sentir, de ver, de oír...

Interludio

(DESPUÉS DEL PROLOGO)

ASÍ sucedieron las cosas.

Ha sido culpa mía. Todo. Desde un principio. Yo vendí el planeta. Yo lo hice todo. Fue mi propio error. Mi responsabilidad toda. Lo malo es que ahora es tarde. Demasiado tarde para reparar ya nada.

Vendí a mi gente. A mi mundo. A todos. Este país, todos los demás países... Esta ciudad, las demás ciudades... Gente conocida y desconocida. Buenos y malos, tiranos y rebeldes, héroes y cobardes, hombres y mujeres, niños y ancianos... Todos. Los entregué a un poder llegado de otros mundos. Yo tenía la puerta, la cerradura y la llave. Las entregué a cambio de una simple vida humana: la mía. A cambio de mi felicidad personal, sacrifiqué la de millones de seres que ya no son, que ya no existen sino en su apariencia material, como simples muñecos, como robots hechos de carne y hueso... ,

Mientras reflexiono sobre ello, desesperadamente, me pregunto por qué no pensé antes en sus consecuencias. Aunque de haberlo pensado, cuando estaba aguardando la ejecución, lejos de Ivy, sentenciada también a prisión de por vida... ¿cómo hubiera reaccionado?

Posiblemente de la misma forma que lo hice entonces. Vendiendo a la Humanidad a un postor que me ofrecía algo utópico, algo que no estaba a mi alcance y que, entonces, me pareció sencillamente milagroso.

Fui débil, lo admito. Pero creo que cualquier otro ser humano en mi trance lo hubiera hecho. Somos egoístas. Deseamos salir de nuestros problemas, sin pararnos a pensar jamás en los ajenos. Sólo porque eso nos hace sentirnos felices, y olvidar a los demás.

Así fue siempre. Así sigue siendo. Y así... así ya no será nunca más, porque sólo Ivy y yo quedamos en este mundo de marionetas humanas, con nuevo cerebro, con una inteligencia de otra galaxia alojada en su cerebro, anulando sus emociones y sus sentimientos, haciendo de cada persona un perfecto robot sin alma. Sonrientes todos, felices todos, amables todos, como pueden serlo unos autómatas montados para presentar una falsa sociedad feliz.

Cuando me recuperé de mi extraño *shock*, estaba en el hotel de nuevo, tendido en aquel confortable lecho. Con Ivy a mi lado...

—Ivy... ¿Qué ha sucedido? —musité con voz ahogada.

—Serénate. Ya pasó todo. Descansa. Lo necesitas. Lo ha dicho el médico.

—¿El médico? ¿Qué médico?

—El del hotel. Te ha visitado hace un rato.

—¡El médico! ¡Es uno de ellos! ¿No lo entiendes, Ivy? ¡Ni siquiera será humano!

—Lo sé, —me miró, angustiada, tratando de calmarme—. Sé que *nadie* es humano a nuestro alrededor Marcus Pero eso debemos aceptarlo de una vez por todas. Cuando menos, él sabrá lo que te conviene puesto que fue el extraño poder de esa gente el que te inmovilizo cuando ibas a golpear a... a tu amigo Ellos sabrán mas de esa fuerza paralizante que todos los médicos de nuestro viejo mundo hubieran podido saber.

—Nuestro viejo mundo... —la miré, horrorizado—. ¿Te das cuenta, Ivy? ¿Ves la forma tan indiferente conque hablas ya de algo, de alguien, que ha existido durante siglos? La sociedad humana, nuestro planeta... Todo ha desaparecido... ¡por culpa mía solamente! ¡Les vendí de modo miserable, les entregué a un final masivo, que quizá ni siquiera llegaron a entender...!

—Eso es cierto, Marcus. Creo que no llegaron a entenderlo jamás. Cuando menos, no tuvieron una larga agonía. Ni dolor, ni sufrimiento. Nada de nada. No hubo derramamiento de sangre, ni guerras, ni terror. Nada.

—¿Cómo puedes saberlo? —me quejé amargamente, mirándola con desaliento.

—El mismo me lo, dijo. Tu amigo, El Poder... Cuando estabas inmóvil y temí por tu vida... Me calmó sobre todo lo que temía yo... —Ivy paseó por la estancia lentamente, la cabeza baja, la mirada

reflexiva—. Le hice algunas preguntas que me atormentaban. No hubo asesinatos, propiamente dichos. Sólo un sopor general. Llevaron a las gentes a su casa, las tendieron en lechos o en el suelo... y se apoderaron de su mente durante el sueño provocado. Fue todo sencillo. Eran millones de... de esas «cosas» eléctricas o lo que sean... Al despertar, cada ser humano era diferente, Pero su consciencia no llegó a saberlo, porque había sido anulada ya.

—Y dices que no hubo asesinatos, Ivy... —me quejé dolorosamente—, ¿Cómo llamarías tú al hecho de convertir a un ser viviente en una máquina, a quitarle su cerebro, sus ideas, su personalidad, y reducirle a la triste condición de monigote o maniquí animado?

—Por Dios, Marcus, no pasemos nuestra vida discutiendo de esto... No conduce ya a ninguna parte, compréndelo. Tú elegiste un camino. Y yo, que debería ser la única en criticarlo, no te lo puedo reprochar, porque obraste humanamente, eso es todo.

—Ivy, tú misma le oíste... Nuestros hijos... Sabes lo que van a hacer con nuestros hijos. A medida que nazcan, esas pobres criaturas serán arrancadas de nuestros brazos, conducidas a un sueño provocado, como tú dices... y «poseídas» luego por esa materia intangible que yo metí estúpidamente en nuestro planeta... ¡Hay que evitarlo! ¡Tenemos que hacer algo, para conceder a esos seres que han de nacer, el derecho a ser libres y ser humanos, su libre voluntad a ser como quieran ser ellos, a comportarse como nuestros hijos y no como unos son rientes mecanismos en serie!

—Marcus, hablé de eso durante tu inconsciencia. Ese ser no puede hacer nada por ellos. No está en su mano. El te hizo una promesa, una oferta previamente revisada y aceptada por sus semejantes. Todos ellos tienen un poder terrorífico... Si te rebelaras, si ahora pretendieras volverte atrás y luchar de algún modo, Marcus... no sólo sería el final de esos hijos que aún no tuvimos sino el tuyo y el mío también. Ellos aceptaron un acuerdo. Tú has de aceptar tu parte. No mienten, no falsean nada. Son como son, eso es todo... Ni buenos ni malos. Necesitan sobrevivir, es todo. Querían un mundo, y lo tienen. Pero tampoco perdonan que se quebrante un acuerdo, porque eso ellos no lo conciben. Entonces... son capaces de *destruir* al rebelde. Inmediatamente, Marcus.

Incliné la cabeza. Sentí ganas de llorar, pero no lo hice. Miré a

Ivy con amargura. Mi voz sonó rota:

—Dios mío... Hemos salido de una tiranía... para caer en otra. Sólo que ahora... ni siquiera vivimos en un mundo racional, humano, entrañable... sino rodeados de extraños, de seres fríos como el hielo, de una sociedad hecha de muñecos vivientes... ¿Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo?

—Lo peor de tu pacto, Marcus, es que esta situación será eterna. Como nuestras propias vidas...

La miré. Hubiera querido decirle algo. Pero no pude. No tuve valor para ello. Entre otras cosas, porque tenía razón. Toda la razón.

Era una condenación eterna. Para ambos. Para el mundo que yo había vendido. Y ni siquiera era posible luchar.

Quizá entonces comprendí una verdad terrible, que jamás antes se me había ocurrido ni siquiera remotamente. Entonces supe que puede ser más espantoso vivir que morir. Que la eternidad puede resultar más aterradora en vida que en muerte...

Sobre todo, cuando no se puede escapar a ella.

Segunda Parte

REBELDÍA

CAPITULO PRIMERO

ERA como volver al pasado, en cierto modo.

Contemplé las instalaciones que me eran tan familiares. Los centros de experimentación, los laboratorios, los pabellones de, pruebas... Caminé por las galerías altas, donde una vez había sido acosado por un funcionario del Estado. Por el delegado inspector Houseman, persiguiéndome ferozmente, porque había destruido con mis propias manos aquel ingenio tan peligroso, aquel hallazgo científico que podía provocar la muerte en naciones enteras, sólo con pulsar un resorte...

Eso nunca me lo había perdonado el Estado. Houseman tampoco. Pero él duró poco para que pudiera guardarme su rencor. Trató de arrojarme por aquella galería, en el paroxismo de su furia. Era un típico funcionario estatal, un hombre áspero y eficiente. Esa clase de gente siempre carece de sentimientos. Creo que viven y mueren amando solamente al Estado. Houseman era uno de estos tipos. Trató de asesinarme, sólo porque era un peligro para lo establecido. Pero le falló el golpe. Cuando intentó empujarme, al creerme acorralado contra la barandilla de la galería aérea, yo me aparté... y fue él quien cayó abajo, estrellándose. De su muerte fui culpado por la ley. Y eso aceleró mi sentencia de muerte...

Dejé de recordar, con un resoplido. Ahora ya no había más Houseman. Ni nada parecido. La gente que se movía por allí, de un lado para otro, sonreía. Sonreía estúpidamente, como si todos fuesen los más felices que jamás existieron. Y quizá era cierto. Si ellos no sentían nada, agradable o desagradable, ¿por qué no sonreír? Escuché el zumbido de los mecanismos, de los centros energéticos, de las instalaciones cibernéticas... Eso sí sabían hacerlo. Todo funcionaba ahora bajo su control. Eran máquinas perfectas,

trabajadores eficientes. No pedían aumento de sueldo, no les importaba el horario de trabajo, comían lo preciso para sostener su almacén física prestada... Una sociedad sin problemas. Terriblemente perfecta.

Nadie me prohibió recorrer aquello a mi antojo. Iba de un lado a otro, revisaba los procedimientos de trabajo de los ocupantes del Centro de Investigación Cibernética al que yo perteneciera durante años. Lo hacían bien. Fríos, eficientes, mecánicos... Observé las manos quemadas de una chica, el corte sangrante en el rostro de un mecánico... También advertí que otra muchacha había olvidado abotonar su uniforme por completo, y exhibía unos senos magníficos delante de todos los hombres, compañeros suyos de trabajo.

Nada. No sentían nada. No expresaban nada. Ni dolor, ni sufrimiento.. ni deseos. Nada. Eran máquinas. Eso resultaba terrible. Estremecedor. Su perfección daba escalofríos. Me sentí atrozmente mal.

Llegué a mi propio pabellón de experimentación. Cerré la puerta. Cuando menos, estaba solo allí. Respiré hondo, y me dejé caer en un asiento, ante mi antigua mesa de trabajo. No la veía desde aquel día en que resolví destruir el ingenio criminal ideado por los sabios del gobierno para sus represalias sobre organizaciones subversivas, y Houseman halló la muerte, siendo yo capturado y enjuiciado por ambos crímenes.

Faltaba algo allí. Muy poco. Pero suficiente para mí. Miré el vacío que dejaba en mi gabinete de trabajo el estuche de energía electrónica, provisto de la pantalla magnética.

La puerta...

Cerré los ojos. Me apoyé en mis manos, respirando fuerte. No, no quería pensar ya en ello. Pero era inevitable...

Mi última voluntad había sido pedir aquel aparato, creación mía. Y utilizarlo, en beneficio de... de aquellos seres, «cosas» o como se les quisiera llamar. Ahora, ellos habitaban la Tierra. Ellos eran el mundo, la sociedad, las ciudades, los pueblos, el gobierno, el ejército, todo. Traté de olvidarlo. Para ello, sólo existía un medio: mi trabajo.

Y trabajé. Pero por poco tiempo. Una hora más tarde, dejaba la tarea.

Me era imposible concentrarme. . Aquel cerco de autómatas vivientes me oprimía como un dogal. Mi conciencia era una acusación constante. Mi cerebro, un hervidero caótico. Me toqué. Tema fiebre, me ardía la piel y sentía un leve sudor helado humedeciéndola.

Salí del gabinete. Me encaminé de nuevo a la salida del Centro, preguntándome dónde podría sentirme mejor, cuál podría ser la tarea que me hiciera olvidar, siquiera por unos momentos, el horror que yo mismo desatara sobre mi mundo...

Pasé junto a los, laboratorios destinados a los estudios de nuevos sistemas electrónicos y últimos hallazgos en magnetismo. También allí se habían realizado durante largo tiempo investigaciones sobre radiaciones cósmicas, energías electromagnéticas del espacio exterior, y su transformación posible en fuentes energéticas capaces de mejorar las condiciones de vida en el planeta.

Todo eso, ahora, carecía ya de auténtico valor, de toda su importancia. Lo que los «extraños» pudieran investigar y hallar, sería solamente en su propio beneficio, no en el del mundo al que habían sido traídos por la traición de uno de sus propios miembros: yo, en definitiva...

Borrosamente, a través de los vidrios traslúcidos, vi que ni siquiera trabajaba ya, nadie allí. Era algo, evidentemente, que la superinteligencia de nuestros visitantes había dejado de lado, por considerarlo inútil para ellos. Tuve un momento de vacilación. Luego, empujé la puerta y entré.

Caminé por las salas desiertas, entre los numerosos aparatos reproductores de radiaciones, y otros que habían sido creados para ampliarlas o reducirlas, en el afán investigador de conocer todas las fuerzas posibles del Cosmos. Una labor inacabada, sin duda alguna. Un esfuerzo más del hombre como tal, en su empeño por ir siempre más lejos. El hombre, que debería su extinción total, su transformación en una máquina insensible a mi estúpido y loco pacto con los desconocidos de otra galaxia.

Me dejé caer, abatido, en un asiento de aquel laboratorio desolado, donde ya no se percibían zumbidos de mecanismos, el palpito de la vida científica en marcha. Apoyé los brazos en una larga mesa blanca, y recliné la cabeza, cerrando mis ojos, sintiéndome más desgraciado que nunca.

No sé cuánto permanecí en aquella posición. Lo único cierto es que el suave roce de pisadas me sacó de mi abstracción. Levanté la cabeza. Me quedé mirándola.

Ella venía hacia mí. Con una leve sonrisa en su rostro. Aquella sonrisa que yo había llegado a odiar, porque todo el mundo la tenía como impresa en su rostro. Era la felicidad inexistente de aquel mundo ficticio. Una sonrisa estúpida e injustificada.

La reconocí, y sentí un renovado dolor, una ira profunda e interna

—Gala... —musité—. Es Gala... o lo que queda de ella...

Gala se detuvo delante mío. Me miró, con su fría sonrisa inexpresiva. La miré, a mi vez. Una bonita muchacha. Muy rubia, pálida, esbelta, bien formada. Una compañera de investigaciones en el Centro. Recordaba que habíase mostrado muy angustiada el día en que me capturaron los agentes de la policía del Estado...

—Hola, Gala —saludé, casi con sarcasmo, sabiendo que me respondería *otra* persona, otro ser agazapado dentro de aquella envoltura humana.

—Hola, Marcus —me respondió apaciblemente.

Cosa rara. Incluso se borraba su sonrisa al hablar. Y había puesto un tono grave y sombrío a su modo de saludarme. Eso no encajaba mucho en la idea que yo tenía ahora de todos *ellos*. Busqué en sus ojos, sorprendido. Capté algo, un destello profundo y enigmático, ¿Se estaban burlando de mí los *extraños*?

—Gala, sé que ya no eres tú misma —suspiré—. No tiene sentido disimularlo. Dentro de tu mente, imagino, hay una de esas «cosas» llegadas de no sé donde... Fuiste una chica muy simpática y entrañable cuando te conocí. Me gustaría que siguieras siéndolo, pero ahora tú, *tú*, quienquiera que estés ahí, en ese cuerpo, en esa mente, no puedes en tenderme, claro.

Gala siguió mirándome. Luego miró en torno, al silencioso laboratorio. Exhaló un leve gemido.

—Marcus, soy yo —dijo—. Soy yo *misma*. No hay nadie dentro de mí, excepto mi propio ser, mi modo de pensar, mi mente...

Parpadeé. No, no podía ser cierto. O era una burla... o una trampa. ¿Desconfiaba de mí el Poder, y pretendía envolverme en una tela de araña tan burda y torpe?

—Gala, no puedo creerte —rechacé, sacudiendo la cabeza—.

Todos han dejado de ser quienes son. Todos... menos yo. E Ivy. Es una historia horrible, pero no vale la pena contarla. La conoces tan bien como yo. Gracias a ella, vive la «cosa» que llevas dentro.

—Te lo repito, Marcus. No hay nadie dentro de mi cerebro, si a eso te refieres... —Me miró con expresión nueva, diferente a la de todos los demás. Angustiada, trémula, temblorosas sus manos, incluso. Se apoyó en la mesa primero. Luego, puso sus manos sobre mis brazos, como buscando apoyo en mí. La oí gemir—: Marcus, Dios mío... ¡ayúdame!

No supe qué hacer. Me estremecí. Si aquello era posible, significaba algo maravilloso. ¡Significaba que no sólo Ivy y yo estábamos libres de aquella especie de «contaminación» o *invasión* en, toda regla!

Pero era demasiado hermoso para ser cierto. Demasiado preocupante. No podía aceptar que existiera un resquicio de esperanza... Ellos eran tan listos, tan astutos, tan inteligentes y poderosos... Quizá habían logrado descubrir el secreto de la ficción, de representar una comedia, de hacer creer a la gente que ellos *sentían*.

—Gala... —la miré, esperanzado pero también lleno de desconfianza—. Gala, me gustaría estar seguro de eso... Saber que tú eres una de nosotros todavía. Pero no, no puedo concebirlo, por la sencilla razón de que ellos no son humanos, de que son pura energía, radiaciones del espacio exterior... y pueden llegar a cualquier cerebro e invadirlo, sólo con proponérselo. No habría motivo para dejarte a ti libre de su influencia maldita...

Gala me miró con extraña, patética expresión. Me aferró las manos nerviosamente. Vi el brillo de sus ojos cuajándose. Un momento después, algo se deslizaba por su rostro. Algo que había creído no volver a ver jamás, salvo en el rostro de Ivy o en el mío propio... ¡Lágrimas!

Gala estaba llorando.

—Te equivocas, Marcus —dijo con voz quebrada—. Te equivocas en algo. Yo... yo *también* he sido invadida...

* * *

La miré amargamente. Me aparté de ella, soltando sus manos, yertas y temblorosas. Sacudí la cabeza con dolor.

—Sí —murmuré—. Debí imaginarlo. Luchas por ser tú misma,

pero no puedes. Esa «cosa» está vencién-dote, dominándote, ¿no es cierto?

—Marcus, no lo entiendes —susurró, como dolorida por mi reacción. Volvió a acercarse a mí—. Una de esas cosas que tú dices, ocupó mi mente y me dominó... He dejado de ser yo misma durante algún tiempo. Hasta que, de súbito... me liberé.

—¡Liberarte! —gemí—. Oh, no, no es posible... Eso no puede suceder, Gala. Ellos son demasiado fuertes para ser vencidos tan fácilmente...

—Es la verdad, Marcus. Estoy libre de... de «él». Ya no está en mi cerebro. Puedo pensar, sentir, ser yo, misma otra vez...

—Cielos, calla —miré a mi alrededor, angustiado. Las lágrimas seguían cayendo de sus ojos. Su voz era sollozante—. Si eso fuera cierto... ellos no deben saberlo. Nadie debe oírte...

—Lo sé, pero me siento tan confusa, tan llena de terror y de incertidumbre... —me miró, casi con ternura—. Yo... yo sé que tú te libraste de ellos. Lo sé, porque era algo que sabía mientras el «extraño» dominaba mi mente y mis sentidos todos... Luego, ese conocimiento ha permanecido en mi memoria...

—De modo que puedes recordar lo que *él* pensaba —me sentí excitado ahora—. Gala, si todo esto es cierto, como parece..., ¿qué clase de seres son ellos, cuáles son sus planes, cuál su modo de ser, de pensar, de actuar? Por fuerza han de tener algunas ideas aunque sólo sean energía, algo inmaterial...

—Sí, Marcus —la vi temblar convulsivamente, con sus ojos muy dilatados—. Y es horrible. Realmente horrible...

—¿Horrible? —me asusté—. ¿A qué te refieres, Gala?

—A... al futuro de este planeta... ¡Marcus, ellos fueron antes corpóreos, casi humanos!

—¿Qué? —me asombré—. No es posible. Gala. . ¹.

—Sí, lo fueron. Lo sé. «El» pensaba en ello, lo recordaba a veces... Su vida anterior, en un planeta muy lejano, pero muy similar al nuestro... Por eso vinieron, por eso invadieron este mundo que les recordaba el suyo propio...

—Pero... pero si son simple energía, radiaciones, ondas electromagnéticas *pensantes*, Gala. Tan sólo eso. ¿Cómo una forma de vida semejante pudo ser antes *humana*?

—Un remoto experimento... Una obra de su ciencia avanzada...

Les aniquiló. Destruyó toda materia orgánica, para quedar solamente sus poderes mentales, que ellos habían desarrollado extraordinariamente.

—Dios mío, no. Es demasiado horrible imaginar...

—¿Imaginar millones y millones de cerebros *flotando* en el aire, en la nada? —ella movió afirmativamente su rubia cabeza, con terror—. Sí, Marcus. Resulta espantosa la sola idea. Y sin embargo... *es la verdad*. Ellos lo saben. Ellos la recuerdan muy bien. Quedó grabado en mi mente...

Contemplé a Gala con auténtica preocupación. Ya no podía pensar, en un cepto astuto, en una simple trampa de aquellos entes invisibles. Si lo era, ciertamente, estaba cayendo en ella como un imbécil. Pero algo me decía que Gala seguía siendo Gala... o volvía a ser ella, para cuyos efectos era lo mismo.

Por un momento creí ver en los ojos de mi imaginación aquel planeta lejano, lleno de vida, de una sociedad humana normal. . hasta que un maldito invento lo aniquiló todo, destruyó la materia en cadena... y se quedó convertido en un espantoso, Vacío y helado mundo desierto, sin otros habitantes que puras radiaciones mentales flotando en el aire, inmateriales, añorando sus envolturas físicas, su modo de vida anterior, roto por su propio, afán de ir más lejos... Y ahora, habían encontrado un mundo paralelo o semejante al suyo. Un lugar donde apoderarse de cuerpos ajenos y hacerlos suyos. Pero ¿valía la pena su desesperado empeño? No. Ellos no eran *totalmente* humanos. Se asemejaban a nosotros. Y ahora, desprovistos ya de sentimientos, de auténtico calor humano, no eran sino un poder psíquico en funcionamiento, dividido en millones de células invisibles que, en cierto modo, trabajaban unidas por una cadena de fuerza común a todos ellas, un conducto mental superior que, quizá, era... el Poder.

—Pero, Gala, tú... ¿cómo pudiste deshacerte de «él»? —le hice la pregunta crucial—. Eso no tiene el menor sentido...

—No lo sé, Marcus. Creo que nunca lo sabré. De repente, comencé a sentir que se debilitaba su poder sobre mí, que mi cerebro podía funcionar, aunque torpemente, y que empezaba a ser de nuevo yo misma... Luego, súbitamente, todo terminó. Como si mi ocupante hubiera muerto de súbito. ¿Tú lo comprendes, Marcus?

—No, no lo comprendo —rechacé apagadamente—. He llegado

a pensar que me engañabas, que todo formaba parte de una trampa dispuesta para conocer mis intenciones, mi modo de pensar...

—No, no es ninguna trampa —me oprimió la mano calurosamente—. Debes creer en mí. Por favor, hazlo. Soy yo otra vez. La misma de siempre... Incluso... incluso vuelvo a sentirme enferma, como antes...

—¿Enferma? —me preocupé—. No sabía que lo estuvieras...

—Oh, claro que no. Nadie lo sabía entonces aquí, en la planta de investigación. Hubiera sido un error por mi parte. Ya sabes cómo eran las leyes. Toda persona enferma era dada inmediatamente de baja en su trabajo y conducida a un centro hospitalario. Si el mal no tenía remedio... procedían a una ejecución compasiva, como ellos decían. Brutalmente dicho, simple eutanasia masiva. No querían una sociedad enferma o imperfecta, tú lo sabes...

—Recuerdo muy bien esas leyes monstruosas que hicieron del mundo un lugar odioso... aunque tal vez hayamos salido perdiendo con el cambio. Antes, cuando menos, éramos, nosotros mismos. Y siempre existían personas rebeldes, gente que pretendía algo mejor, que luchaba por ello... y que a veces lo alcanzaba. Pero ahora, Gala, ¿qué puede esperarnos en esta sociedad de autómatas? A menos que todos puedan liberarse un día de su ocupante, de la fuerza mental que les posee... esto será el fin de la Humanidad.

—Lo sé, Marcus... —se dejó caer en un asiento, con un gemido. Llevó sus manos a las sienes—. Ya me vuelven mis antiguos dolores de cabeza... Oh, no sé si era más feliz cuando esa energía mental me controlaba... Entonces, cuando menos, no sufría...

—No hables así. Sabes que eso es monstruoso. El ser humano ha nacido para gozar y sufrir, para reír, para llorar, para ser feliz o desgraciado, no para no ser nada ni sentir nada. A fin de cuentas, eso es sólo una pequeña dolencia, de Ja que sanarás, estoy seguro.

—Yo no lo estoy tanto, Marcus. Fue cosa de las radiaciones. Burlé los análisis periódicos para no ser hospitalizada o eliminada por los departamentos de control clínico... Pero lo cierto es que me encuentro bastante enferma. Esos aparatos de investigación de nuevas ondas energéticas me han dañado el organismo. Ya nos advirtieron que era peligroso. Empezó todo con jaquecas, estados febriles, náuseas... Y ha ido empeorando. Mi cabeza me duele mucho ahora... Será mejor que vaya a casa, Marcus. Allí, Aura

puede cuidar de mí... —Aura, tu hermana... —recordé vagamente—. Cielos, pero ella *sí* será uno... uno de *ellos*...

—Oh, Dios mío, había llegado a olvidarlo —asintió amargamente—. Sí, ella es uno de los poseídos... Como todo el mundo, excepto tú e Ivy... Sé cómo sucedió todo, no tienes que contármelo. Ya te dije que han quedado en, mi memoria recuerdos muy concretos del «extraño» que me poseyó...

—De modo que tú sabes...

—Todo. No tienes por qué sentirte culpable —me oprimió afectuosamente una mano—. Todo lo hiciste por Ivy. Y por tu propia vida. Ignorabas la realidad, lo que iba a suceder. Y la sociedad no se había portado demasiado bien contigo. Cualquier otra persona hubiera hecho lo mismo en tu lugar.

—Gracias por pretender consolarme, Gala, pero no es fácil que yo...

—No pretendo consolarte, Marcus —sonrió ella, moviendo negativamente la cabeza—. Es más: te confieso que yo misma lo hubiera hecho a ojos cerrados, de haber estado en tus circunstancias... incluso a sabiendas de lo que iba a suceder.

—Gala... Eso hubiera sido un crimen contra la Humanidad.

—También era un crimen pretender ejecutarte a ti. Y esa Humanidad a la que ahora defendemos, nunca hizo demasiado por los que eran injustamente destruí-dos. No lo olvides, Marcus... Ahora, debo dejarte. Peligro estando por aquí. Cualquiera de ellos puede detectar que soy diferente .. y eso complicaría mucho las cosas.

—¿Vas a tu casa? —indagué.

—Sí —sonrió suavemente, apretando mi mano con calor—. Trataré de que Aura no se dé cuenta de nada. Luego, no sé lo que haré... Procuraré medicarme a escondidas, irme a alguna parte...

—Avísame antes de hacerlo —sugerí—. Estoy en el hotel Metrópolis. Quizá podamos hacer algo, unidos los tres...

—Quizá, Marcus. Gracias por todo. Y procura no confiarte en nadie. No sé por qué, creo que esos seres... no tienen nada de buenos. No son compasivos. No aman a nadie. Para ellos, destruir no significa nada especialmente desagradable. Si tienen que matar... matan sin el menor remordimiento. Recuerda que son simple fuerza mental... y que odian todo lo que representa su propia tragedia. Sí,

Marcus. El odio, en realidad, aunque ellos no lo crean, es lo único que realmente conocen como sentimiento. El odio por sí mismos, por su locura científica. Quizá su auténtico propósito aquí, sea el de destruir. Destruir todo lo que se construyó en más de cien siglos de civilización... Volver a las cavernas, a la vida primaria...

—Eso no tendría sentido, Gala.

—Para ellos sí, Marcus —sonrió tristemente—. Lo sé, porque he conocido sus pensamientos dentro de mi propio cerebro... Y sé lo que piensan, lo que desean... Será la venganza sobre otra Humanidad similar a la suya. Como la supercivilización aniquiló su forma de vida física, ellos aniquilarán a nuestro supercivilizado mundo, reduciéndolo al oscurantismo, al principio de los tiempos... La ciencia será aniquilada, el progreso detenido, la sociedad reducida a una condición puramente animal, a través de una degradación paulatina que se desencadenará en cualquier momento, cuando ellos lo deseen. Ese es el futuro terrible que aguarda a nuestro mundo. Un modo diferente de aniquilar una sociedad. Pero aniquilamiento, a fin de cuentas, como hicieron con su propio mundo.

—Es horrible...

—Horrible, sí... Ahora debo dejarte, Marcus. Nos veremos en el hotel, si todo va bien. Si no..., no cometas errores. No seas loco otra vez. Ahora, nadie te libraría del aniquilamiento. Ni a ti, ni a Ivy... Hazlo por ella, cuando menos... Adiós, Marcus, amigo...

Salió del laboratorio, con un gesto de despedida. Tuve un mal presentimiento en esos instantes. Oí cómo se alejaban sus pasos, corredor adelante, hacia la salida del recinto científico.

De pronto, me puse rígido. A sus pasos se unieron otros, secos y firmes. Retumbaron sordamente por el corredor. Me erguí, sobresaltado. Las pisadas de Gala se habían detenido.

—No te muevas —ordenó una voz fría e impersonal.

Hubo un silencio. Oí a Gala, mientras yo mismo avanzaba con pasos rápidos y sigilosos hacia la vidriera que me separaba del corredor:

—¿Qué sucede ahora? Voy a mi casa, hermanos. Soy una de vosotros, bien lo sabéis.

Estaba fingiendo. Quizá se hablaban así entre ellos. Recordé que conocía personalmente las experiencias de los «extraños». Pero aun

así, no me gustó todo aquello.

—No, Gala. No eres una de nosotros. Ya no. Acompáñanos a presencia del Poder. Inmediatamente. Tenemos que saber qué ha sucedido contigo.

—¿Os habéis vuelto locos, hermanos? ¡Nadie puede abandonar el cuerpo que ocupa, si así no lo desea! —protestó Gala, perfecta en su representación, a mi juicio.

—Exacto. Por eso es preciso saber qué ha ocurrido contigo, mujer. Síguenos.

—¡No!

—Desobedecer significa ser destruida. Además, eso revela que tú eres humana. Ningún hermano desobedece jamás...

—¡No iré! —gritó ella. Y la oí correr de pronto.

—¡Alto! —le ordenaron—. ¡Alto, o serás exterminada en el acto!

La carrera de Gala proseguía. Me sentí aterrorizado. Y salí del laboratorio, sin poderme contener. Me precipité sobre los tres guardianes uniformados que permanecían en el corredor.

Uno de ellos ordenaba ya, señalando a la fugitiva:

—¡Aniquiladla!

—¡No! —aullé, lanzándome sobre ellos—. ¡Eso no, malditos!

Esta vez no llegaron a tiempo de paralizarme. Caí sobre ellos. Y pegué con todas mis fuerzas en aquellos cuerpos humanos de cerebro frío y vengativo.

CAPITULO II

DERRIBÉ al hombre que alzaba hacia Gala su arma exterminadora. Mi golpe contra su sien fue demoledor, dado con todas mis fuerzas.

Algo me dijo interiormente que, con personas que sólo eran fuerza mental incorpórea, lo mejor era buscar el daño físico cerca de su cerebro, donde pudiera afectarles el golpe, al menos por el momento. En otro punto de su cuerpo quizá no hubiese logrado nada positivo.

El guardián rodó por el suelo, perdiendo el arma. Antes de que otro de ellos pudiera sujetarme a mí, estiré el brazo, tomando el arma derribada. Me incorporé, apuntando a los otros dos guardianes. Mi dedo se curvaba en el gatillo del arma, una pistola de cargas desintegrantes.

—Al primero que intente algo, le destrozo —murmuré roncamente—. Podéis paralizarme, pero nada será tan rápido como para impedir que presione el gatillo con mi último reflejo mental activo.

—¿Estás loco? —habló con frialdad el jefe de la patrulla, mientras Gala se perdía de vista en las galerías, allá al fondo.—. Esto es una rebelión. Está castigada...

—Sí, ya veo que la utopía no existirá jamás. Sois tan tiranos y crueles como los que gobernaban antes. Nunca se ha perdonado la rebeldía humana. Ni se perdonará. No importa quien gobierne...

—Este no es asunto tuyo. El Poder te protege, pero esto puede hundirte para siempre. No puedes intervenir en asuntos que no te afectan. No puedes proteger a un humano que ha destruido a uno de los nuestros y finge seguir siendo de nuestra sociedad. Eso está prohibido.

—¡Prohibido! Siempre hay algo prohibido. O mucho, ¿no es

cierto? El hombre jamás tuvo su derecho a ser libre... —les miré colérico—. Vamos, tirad vuestras armas. Situaos contra ese muro. No intentéis perseguir a esa chica.

—Cometes un grave error. No hace falta que la persigamos. Caerá, de todos modos —me avisó glacialmente el jefe del grupo—. Ella está sentenciada ya. Por todos nosotros. ¿Olvidas que somos millones, pero movidos por *un solo pensamiento común*?

—Dios mío... —les miré con angustia, mientras me obedecían indiferentes, como burlándose de mí, siempre sonrientes—. Simples células de una mente única y superior... Eso es lo que sois todos vosotros, malditos entes sin forma...

—No tienes queja de nuestro Superior —trató de reprocharme uno de ellos—. Gracias a nosotros existes, vives todavía...

—¡Vivir! ¿Llamáis vivir a este deambular entre monigotes como vosotros? —rugí—. Sólo esos minutos de charla con un auténtico ser humano, me han hecho más feliz que todos los cientos de años de vida que vuestro Poder sea capaz de facilitarme.

—Eso pudiste haberlo pensado antes, hombre —me recordó el jefe del grupo, sin dejar de sonreír—. Ahora ya es tarde. Y tu acción, estúpida y suicida, va a resultarte completamente inútil...

Les miré, por encima del arma, con rabia. Allá, en la distancia, capté un repentino alarido de mujer, un sonido sibilante, un golpe sordo... Luego, silencio.

Un silencio espeluznante. Aterrador. Temblé. Temía lo peor.

—¿Qué... qué ha sido eso? —indagué, crispado.

Los tres hombres me miraron con su maldita sonrisa estereotipada. El que yo golpeará se había repuesto. Me estudiaba fríamente, sin rencor. Pero también sin humanidad.

—Tu amiga Gala... —dijo el cabecilla del grupo—. Te avisé.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Estaba sentenciada, te lo dije. Nosotros o cualquier otro tenía orden de exterminio. La alcanzaron. Ya todo ha terminado.

—¡Gala! Oh, no... —sollocé.

—Está muerta. Destruída —se encogió de hombros—. Es la ley.

Es la ley.

Temblé de pies a cabeza. El recuerdo era demasiado, vivo. Cruel, desgarrador incluso. Hablaban como ellos. Como los celadores, como los policías del Estado. Como los tiranos de antes. Nada había

cambiado. Sólo la mente rectora. Los resultados y consecuencias eran idénticos. Siempre las leyes. Justas e injustas, ¿qué más les daba eso a quienes las implantaban?

—Asesinos —acusé sordamente—. ¡Cobardes asesinos sin conciencia!

Y el recuerdo de Gala sin vida, sacrificada ferozmente por los seres sin alma, me enfureció. Me cegó. Por primera vez, me sentí capaz de matar.

Y maté.

Quizá intentaron paralizarme. Nunca lo sabré. Pero no llegaron a tiempo. Apreté el gatillo del arma dos veces seguidas. Con la celeridad del rayo, casi sin pensarlo. Quizá por eso no llegaron a tiempo de evitarlo. Si uno no pensaba las cosas, si obraba, por puro instinto, sus ondas puramente mentales resultaban engañadas. Y la reacción era tardía.

Los dos proyectiles que lancé sobre ellos fueron suficientes. Estallaron sordamente, con un sonido ronco y blando. Un vaho amarillento les envolvió, agitando sus cuerpos. Nunca olvidaré aquellos ojos vacíos, fijos en mí, aquellas miradas inexpresivas, aquellas sonrisas estúpidas, como grabadas en su rostro, incluso al morir sin sentir nada...

Se disolvieron, convertidos en humo sus cuerpos. No quedó nada de los tres. Miré al aire, al vacío, preguntándome si sus células habrían salido de aquellos cuerpos o si perecieron con ellos, encerradas en sus cráneos.

—Monstruos... —mascullé—. Sois verdaderos monstruos, todos vosotros...

Eché a correr, arma en mano, en dirección a las galerías. Las alcancé, mirando a mi alrededor vivamente. Buscaba algo. Y no tardé en encontrarlo, desgraciadamente.

Estaba allí. Tendida en una de las galerías. Boca abajo. Inmóvil. Vi sus cabellos rubios en desorden. El cuerpo inerte... Me aproximé lentamente. Me incliné sobre ella, estremecido.

Toqué su cuello, su piel. Estaba rígida. No respiraba. Habían matado a Gala. Esta vez ni siquiera pensaron en utilizar por segunda vez su cuerpo. No valía la pena, al parecer. Optaron por aniquilarla...

En su espalda tenía un orificio sutil, del que goteaba sangre...

Había bastado. Un dardo eléctrico a su corazón, disparado a distancia. Un arma letal y rápida.

Giré la cabeza. Vi a los hombres del arma letal. Venían hacia mí. Eran cuatro, todos guardianes del Centro. Con sus malditas, absurdas sonrisas del diablo...

Me agazapé, arma en mano. Les enfocaba directamente con ella. Podía disolverlos a todos con un par de cargas corrosivas. Elevé un poco la mirada. Desde la galería alta, otros seis hombres me encañonaban, desde diferentes barandillas, todos sonrientes, como amables y amistosos...

—No vale la pena seguir luchando, hombre —dijo uno de ellos—. Perecerías aquí mismo y eso no te resolvería nada. De todos modos, podemos paralizarte, si lo deseamos, aunque no podamos impedir, quizá, la muerte de uno de nosotros, quizá de dos. Por si lo ignoras, no es sólo tu vida la que está en juego. En el hotel, nuestros hermanos han recibido orden de acabar con tu esposa, si resistes un momento más. ¿Qué resuelves?

—Cobardes... Horda de asesinos sin alma... —gemí con ira.

Y tiré el arma.

Me rodearon, y me consideré arrestado, como si nada hubiera sucedido, como si todo continuara igual que antes de vender yo a toda la Humanidad, a todo mi planeta. No, las cosas no habían cambiado mucho. Eran como siempre. Sólo se trata bien a quien se somete. Sólo el servil es fiel a lo establecido. Al rebelde, se le extermina. El que se rebela, nunca tiene razón. Porque nunca, tiene la fuerza...

—Vamos ya —ordenó el jefe de los escuadrones—. El Poder tiene que verte, hombre.

Partimos. Sus pisadas redoblaron rítmicamente. Mis sonrientes captores me condujeron a presencia del Poder nuevamente.

A mis espaldas quedó el cadáver de Gala, sacrificada por el Nuevo Orden. Por la nueva tiranía...

* * *

—¿Por qué lo hiciste, amigo?

—Tú lo sabes. Tenía que hacerlo. Era superior a mis fuerzas. .

—Eso es un delito. Faltaste a tu promesa. Éramos amigos.

—Nunca fuimos amigos. Hicimos un pacto, eso es todo. Yo cumplí mi parte.

—Y yo estoy cumpliendo la mía, pero no haces fáciles las cosas —suspiró el Poder, contemplándose risueño desde su rostro prestado—. La rebelión no entra en el pacto. Te dije que nunca te volvieras atrás. Eso es grave.

—Te abrí la puerta para entrar en mi mundo. ¿No fue suficiente?

—Evidentemente, es lo que te pedí. Pero eso traía forzosamente una fidelidad, un respeto a este nuevo sistema que te permite sobrevivir y ser feliz junto a tu esposa.

—Ser feliz... —me encogí de hombros amargamente—. ¿Viendo asesinar a una muchacha indefensa? ¿Eso proporciona felicidad?

—Sigues siendo el mismo rebelde a quien tus hermanos de raza condenaron a muerte, Marcus Kilby —me acusó el Poder. Este delito tuyo de hoy, significaría la pena capital en tu sociedad, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Qué va a significar en la tuya?

—Por el momento, nada. Ya ves si soy generoso contigo. No puedo olvidar que hicimos un pacto y que, gracias a él, ahora poseemos un mundo donde vivir. Es evidente que sabes sobre nosotros mucho más de lo que te conté. Esa muchacha, Gala, habló contigo. Debía recordar cosas de quien, se posesionó de su mente. Aún no entiendo cómo pudo liberarse, pero lo descubriremos, tarde o temprano. Ese caso no puede repetirse. En lo sucesivo, Marcus Kilby, no vas a poder seguir representando tu eterno papel de rebelde agresivo.

—¿Me lo impediréis de alguna forma especial?

—Sí. De la única que considero viable y que te hará ser razonable. Sigues siendo libre y gozando de tus¹ privilegios de ser, con tu esposa, el único ser humano íntegro y sin influencias mentales nuestras, en este mundo que nos has facilitado. Pero de tu comportamiento futuro, me responde... la vida de tu esposa.

—¿Qué? —palidecí intensamente, mirándole con estupor.

—Lo lamento, Kilby. Tú me obligas a tomar estas medidas. Nadie dañará a tu esposa. Nadie impedirá que la veas cuantas veces quieras. Pero estará vigilada día y noche por una de nuestras mujeres poseídas, con orden inmediata de exterminio, si tú cometes otro error semejante al de hoy.

—Es una cobardía —murmuré—. ¡Una vileza! ¡Es encerrarla como lo estuvo antes! ¡Es someter a cautiverio a una persona!

—No estará en ninguna celda, sino en el hotel, en una habitación separada de la tuya. Repito que tendrás plena audiencia para entrar y salir, pero siempre bajo vigilancia. En cuanto cometas un nuevo error grave... ella será exterminada. No olvides eso, Kilby.

—No va a ser fácil olvidarlo... —le miré con ira impotente—. Si algo le sucediera a ella, yo...

—Nada va a sucederle, si no das motivos. Y cuando sucediera, si insistes en el error de combatirnos... tú no podrías hacer nada, porque también serías aniquilado en el acto. Lo lamento, Kilby. Tú lo provocaste. De todos modos, esto durará un corto período de tiempo. Si te adaptas y aceptas tu destino sin protestar... todo volverá a la normalidad, y tú e Ivy podréis vivir unidos en forma habitual. De ti depende todo eso.

Le miré con auténtico odio, con una cólera incontenible. Luego, salí de allí dando un portazo rabioso. Mentalmente, creí advertir que el Poder se reía de mí y de mis sentimientos exaltados. Después de todo, sabía que no podía combatirles de modo alguno...

— 81

CAPITULO III

ELLA me miró, inexpresiva. Glacial, lejana. Y con aquella maldita sonrisa petrificada en sus carnosos labios de mujer llamativa, sensual y turbadora.

—¿Qué buscas aquí? —preguntó fríamente.

La contemplé, reflexivo. No podía sentirme desilusionado. Era de prever que ocurriría así. A fin de cuentas, lo sucedido con Gala era solamente un caso aislado. Porque ella se hubiera liberado de aquel poder mental —sólo para, morir después, aniquilada por el nuevo sistema—, su hermana no tenía por qué hallarse en idénticas circunstancias.

Es más, Gala había recordado que su hermana era una de *ellos*. Pero para ella todavía era su hermana, sin duda, aunque sólo fuese en lo físico.

—Perdona —murmuré—. Había llegado a pensar que habría suerte... y que más personas en este mundo se estarían librando de sus dominadores...

—Te equivocas, cómo verás —silabeó inexpresivamente ella. No abandonaba su sonrisa por nada del mundo—. Yo no soy como ella. Ni como tú, Kilby. Pertenezco a la sociedad. Soy una hermana. Como todos.

—Sí, entiendo —la miré, tratando de captar desesperadamente algo humano en aquel cuerpo invadido por una fuerza extraña—. Gala... ¿está...?

—Han traído su cadáver, si a eso te refieres —me atajó, indiferente—. Está en el depósito ya. La disolverán, como se hizo siempre con los cuerpos cuando nosotros no estábamos aún aquí.

—Era, tu hermana, Aura —le recordé en vano.

—¿Hermana? —se encogió de hombros—. Sí. Lo fue mientras

estuvo controlada por el Poder. Eso terminó ya. Mataron a una extraña.

—¿Extraña? —me irrité—. ¡Vosotros sois los extraños!... ¡Éramos una sociedad llena de errores, pero al menos con sentimientos! ¡Ahora, nada tiene alma en este mundo! ¡Es como vivir entre máquinas!

—Fue tu obra, ¿no es cierto, Kilby? —su sonrisa me hería cada vez más. Su mirada, fija en mí, no tenía la menor expresión—. Ahora no te lamentes., Es el mundo que elegiste. Olvida a Gala. Para mí, no existe. Tengo muchos hermanos para pensar en ella. Millones de hermanos. Después de todo, Gala aniquiló a un auténtico hermano mío: el que ocupaba su cerebro...

—Sois monstruos —acusé abruptamente, dando media vuelta—. Adiós, Aura. O quien seas... Me pregunto, incluso, si existe entre vosotros el sexo, la diferencia entre hombre y mujer, entre varón y hembra...

—Lo hubo en un tiempo: cuando teníamos forma física y podíamos reproducirnos. Ahora, eso importa poco. Nuestra mente ya es unisexual. No nos preocupa reproducirnos, porque hemos logrado la supervivencia eterna de nuestro poder psíquico. Somos mentes vivientes, sin necesidad de reproducción para sobrevivir. ¿Responde eso a tu pregunta, Kilby?

Y con una faz que era una perfecta máscara sombría, se metió dentro de la casa, cerrando la puerta secamente.

Me quedé en el jardín, pensativo. Mi disgusto era profundo, pero me dije que no podía desesperarme por ello. Aura seguía siendo una extraña. Como todos. Gala había sido, simplemente, un caso aislado. Pobre Gala...

Había tenido una cierta idea al respecto, pero eran sólo suposiciones. Ni los cerebros invisibles de otra galaxia, ni yo mismo, habíamos dado aún con el extraño motivo que provocó la muerte del «ocupante» de Gala. Había llegado a confiar en que Aura me ayudase en mi teoría, pero era demasiado esperar. Acababa de fracasar rotundamente.

Me alejé, maldiciendo las sonrisas que se veían por doquier, como falsa máscara feliz de un mundo que no sentía nada, bueno ni malo. Casi echaba de menos la ira, el malhumor, la agresividad, el llanto...

Sólo las lágrimas de Gala, en aquel breve instante entrañable y humano de nuestro encuentro en los laboratorios... Acaso las lágrimas de Ivy en el hotel, sometida a forzosa reclusión... Y vigilada por una mujer sonriente y glacial, una de «ellos»...

Recordé que ni siquiera tenían diferencia de sexo. No eran nada ya. Sólo vibraciones en la nada, ondas electromagnéticas en forma de gran poder mental...

De repente, me detuve. Algo acudió a mi mente. Una idea súbita. Un recuerdo brusco y sorprendente.

No. No todo eran sonrisas. A mi memoria llegó la imagen de un gesto hosco, malhumorado incluso... Un gesto humano. *Muy* humano...

Giré la cabeza. No traté de pensar. Era peligroso. «Ellos» podían controlar telepáticamente ciertos pensamientos intensos. Lo sabía por experiencia. Miré la casa de Aura...

Regresé a través del jardín. Me aproximé al muro posterior. Me encaramé, buscando una ventana. Miré al interior, por la rendija de una cortina corrida.

Aura estaba en medio de una estancia. Su rostro no sonreía lo más mínimo. Estaba tan grave y ensombrecido como cuando me despidió, poco antes.

Estaba tomando algo. Unas cápsulas rosadas de un frasco. Recordé las palabras de Gala, lejanamente:

«Me encuentro enferma... Muy enferma. Son las radiaciones de un experimento... Necesito que Aura cuide de mí...».

Aura, realmente, *cuidaba* de ella. Gala sabía, supo siempre, desde que se liberó, que su hermana *también* estaba liberada...

Ahora la vi caer en un asiento, llorar ahogadamente, creyéndose sola, lejos de todo testigo de su debilidad humana, de su dolor de hermana angustiada, obligada a fingir, en un terrible juego frente a los demás.

Y Aura también tomaba tabletas. Se medicaba. Por tanto, estaba enferma. ¿Enferma del mismo mal que su hermana Gala? ¿Era acaso contagioso el efecto de las radiaciones?

Me retiré lentamente de la casa. No traté de ver de nuevo a Aura. No era prudente. Ni siquiera pensaba en ella. Procuraba dominar, controlar poderosamente mis pensamientos, para que mi cerebro no emitiera ondas mentales que pudieran ser captadas por

el Poder. Nadie debía de sospechar siquiera que Aura fuese... uno de nosotros.

No estábamos solos Ivy y yo en el mundo. Estuvo Gala anteriormente. Ahora, Aura. ¿Tal habría algún otro en un inmediato futuro?

Tenía esperanza. Fe en que así fuese. Podía significar el principio de algo mejor.

Mi teoría bullía en mi mente con renovada fuerza. Era una idea incierta, quizá disparatada. Pero era mejor que nada. Había que intentar algo, lo que fuese.

Y ahora yo iba a intentarlo, si antes no me descubrían los cerebros vivientes... y destruían a Ivy, antes de destruirme a mí.

Era un temblé riesgo para ambos. Pero había que correrlo. Cualquier cosa era mejor que hundirse en el conformismo y vegetar una eternidad entre aquellos seres insensibles y crueles.

* * *

No había virtualmente nadie en el Centro de Investigaciones a esas horas. No me oculté en absoluto de los guardianes allí establecidos por el Poder. Hubiera sido un grave error.

Lo mejor era fingir normalidad. Fui a mi laboratorio. Estuve trabajando toda la mañana en mis asuntos electrónicos.

Volví al otro día, reanudando mi labor. En el camino me tropecé con un antiguo colega mío. Se paseaba indiferente, con su vacía sonrisa en el rostro. Me miró y sacudió la cabeza, aconsejándome apaciblemente: —Vamos, vamos, Kilby no merece la pena. No trabajes. Ninguno lo hacemos ya. Los hermanos no trabajamos en la ciencia. No conduce a nada. Sólo a la aniquilación del ser viviente. Tú sabes de lo que hablo, ¿verdad?

—Sí, claro —contemporicé—. En vuestro planeta... os destruisteis, vosotros mismos.

—Exacto —asintió el que una vez fuera colega mío, y que ahora, solamente era un cuerpo invadido por un ser extraño—. Destrucción. Es a lo que conduce la ciencia, Kilby. El Centro va a ser desalojado en pocas fechas. Y destruido cuanto contiene. Es lo mejor para todos.

—¿Y enterrar así años y años de investigación? Electrónica, cibernética, magnetismo, electricidad, rayos láser, televisión interior para operar los cuerpos enfermos, rayos X, rayos beta,

control del organismo... ¿Todo eso arrojado por la borda?

—Todo, sí, Bibliotecas, microfilmes, libros, filmotecas... ¡Todo! Cultura, ciencia, conocimientos, artes... Sobra Kilby. El ser humano sobrevivirá mejor en su elemento natural, en la propia naturaleza... Así no se repetirá el caos de nuestra sociedad.

—Dios mío, qué terrible futuro —gemí, mirándole con horror—. Cuando menos, dejad que apure mis últimos días de experimentaciones, de ensayos... No podría vivir sin todo lo que hasta ahora ha constituido mi vida toda...

—Allá tú —la sonrisa estúpida permanecía, en el rostro, habitualmente serio y reflexivo, de mi infortunado colega—. Después de todo, sigues siendo humano. Con todos tus errores...

No le hice caso. Entré en mi pabellón. Y estuve trabajando todo el día, consciente de que me vigilaban, de que controlaban mis movimientos, mi trabajo todo.

Durante una serie de días, continué por ese camino. Eran experimentos triviales, simples tanteos sin trascendencia alguna. Finalmente, observé que la vigilancia de «ellos» cedía. Ya se habían habituado a verme por allí: No les preocupaban mis trabajos, inofensivos totalmente para ellos y su nuevo sistema de poder.

Era lo que había estado esperando durante tanto tiempo.

Apenas me vi solo, controlé mis pensamientos. Me auto dominé, para no pensar, para bloquear mi mente y no transmitir información a los invasores.

Luego, me encaminé a un cercano laboratorio, que no era el mío. Entré en el que Gala trabajó durante años...

Y me puse, a examinar sus mecanismos, sus aparatos de último modelo, aquellos que experimentaron con cierta clase de potentes radiaciones. En un grabador magnético comprobé que, de acuerdo con el programa experimental, aquellas radiaciones tenían el nombre genérico de Energía Omega, o rayos O.

Comencé a estudiar su composición, a tomar apuntes, que luego pasé a una de las grandes computadoras, para obtener una serie de datos del cerebro electrónico.

No podía abusar de mi buena suerte por este día., Abandoné el laboratorio desierto una hora más tarde. Nadie advirtió mi presencia en él. Y regresé al otro día. Y al otro, y al otro...

Mientras mis experimentos superficiales e inútiles me ocupaban

casi toda la jornada, sólo una hora diaria transcurría en el laboratorio de Gala. A veces, ni siquiera eso, sino simplemente diez o quince minutos.

Poco a poco, la computadora me proporcionó una serie de datos que me apresuraba a borrar cuidadosamente de su «memoria», día a día. Luego, con todos esos informes, pasé a la segunda computadora, la que proporcionaba fórmulas y soluciones a los problemas planteados a lo largo de una investigación.

La respuesta de la máquina fue una tarjeta verde, perforada. La puse en el lector de datos. Y obtuve algo: una serie de palabras y cifras. Justamente lo que estaba buscando.

El corazón me dio un vuelco. Sentí una rara excitación. Ese día, al salir de los laboratorios ya abandonados y a punto de ser derribados, tuve que hacer un esfuerzo más poderoso de lo habitual, para dominar mis auténticos sentimientos.

Y sobre todo, mis más ocultas esperanzas.

* * *

—Marcus, se te ve agotado, como si trabajaras en exceso... —Ivy me miró, preocupada—. ¿Por qué, cariño? No necesitas ganar dinero. El dinero no sirve ahora. Cada uno toma lo que necesita. ¿Adónde te conduce tanto esfuerzo?

—No lo entenderías —suspiré, mirándola, sin dejar traslucir mis pensamientos, porque delante de nosotros, siempre vigilante, siempre fría y sonriente, estaba «ella»: la mujer encargada de vigilar a Ivy. Uno de «ellos», por supuesto... Añadí, tras una pausa—: Sabes que siempre me obsesionó la investigación. Van a destruir los centros científicos. Debo aprovechar el tiempo, antes de que no tenga ya sitio alguno dónde hacer nada...

—Eso es monstruoso, Marcus. Es destruir los conocimientos del hombre...

—Díselo a ellos —señalé ala hierática mujer—. Pretender terminar con todo lo que significó algo en nuestro pasado: ciencias, artes, literatura, recuerdos... Todo, Ivy. Volveremos a la ignorancia, a la oscuridad mental, porque eso les conviene a ellos... Su mutación en simple fuerza inmaterial, les impulsa ahora a querer conservar su corporeidad, a seguir siendo algo más que un puñado de vibraciones estériles en el vacío... porque temen que eso signifique el principio del fin, el de la extinción total de sil maldita

especie.

—Nunca nos extinguiremos —rechazó fríamente la vigilante de Ivy—. Nunca, Kilby. El Poder sabe lo que hace, para que nuestra fuerza sobreviva a todo...

—El poder... —repetí con voz sorda—. Sí, creo que sin ese poder central no seríais nada, salvo simples vibraciones, ondas perdidas en la nada... Por cierto que debo visitarle ahora y pedirle un favor.

—¿Al Poder? —Ivy me miró, sorprendida—. ¿Qué vas a pedirle?

—Una gracia: quiero que te libre de vigilancia. No soporto esta forma de vida. Creo que me escuchará. Después de todo, he renunciado ya a toda rebeldía... —dejé sobre un mueble de la alcoba mi pequeño maletín de trabajo, con material de mis experimentos científicos de última hora. Eché una ojeada a la guardiana constante de mi esposa—: Ahí dejo todas mis cosas. Espero que no hurguéis en ellas...

—Yo no toco lo que no me importa —rechazó la, vigilante—. La ciencia no me preocupa, Kilby..., mientras no sea para, dañarme a mí. Puedes dejar lo que te plazca. .

—¿Crees que debes ir a verle? —musitó Ivy, acompañándome hasta la puerta.

—Sí —asentí—. Debo hacerlo, querida. Volveré pronto.

—No tardes, Marcus —me rogó ella. Se tocó las sienes—. Noto cierto dolor en mi cabeza, como una jaqueca que se ha repetido ya varias veces desde ayer... No me encuentro bien, querido.

—No temas —sonreí, besándola—. Volveré pronto. Y espero que te mejores en breve plazo.

Salí del hotel. Me encaminé al palacio presidencial. Solicité una entrevista inmediata con el Poder.

Me fue concedida. Un momento después, estaba en presencia suya, tras ser minuciosamente registrado.

CAPITULO IV

—¿A qué viene tanta precaución? No llevaba armas encima.

—Lo sé —me contempló con su gesto risueño, con aquel rostro usurpado, que yo recordaba siempre asociado a mi cautiverio. Era obvio que este cuerpo ya sólo podría ser suyo. Su mente era demasiado poderosa para haber dejado sólo aletargado al cerebro del celador de prisiones. Evidentemente, destruyó por completo aquel cerebro para ocupar él su envoltura física.

—Entonces... ¿por qué ese registro al entrar? —indagué.

—No me fío de ti, Marcus Kilby. Aunque te he hecho vigilar y veo que buscaste el olvido de tus preocupaciones en tu habitual trabajo de experimentación electrónica.

—Que, por desgracia, va a terminar pronto, según me dijeron. .

—Oh, sí —suspiró él—. Debemos derrumbar esos centros científicos La ciencia nos aterra. Tú sabes por qué.

—¿Será mejor la vida primitiva, la ignorancia...?

—Será una experiencia quizá positiva. No hace falta tanto conocimiento para ser felices todos. La ciencia dio progreso. Pero también armas, aniquilación, guerras, caos...

—Todo tiene su precio. Cada guerra ha proporcionado todo cuanto nos hizo la vida más confortable después. Y proporcionó medicamentos, comodidades, tejidos, fibras, artículos de construcción, materiales nuevos...

—Que luego, a su vez, eran destruidos en otra guerra, junto con sus creadores —sacudió la cabeza—. No, Kilby. Si has venido a pedirme que te permita seguir tus experiencias, mi, respuesta es «no»... Terminarías por crear algo que nos perjudicase a todos. Dentro de cinco días, el Centro habrá desaparecido.

—No he venido a pedirte eso. Creí que sabías siempre lo que

estaba pensando...

—Parece que te has hecho más receloso —rió suavemente—. Y ocultas tus pensamientos a mi análisis. De todos modos, es inútil que planees cosas contra mí, o contra mi gente. Somos demasiado poderosos. E Ivy responde por ti, no lo olvides.

—De eso venía a hablarte —me acerqué a él, sin que dejara de estudiarme—. ¿Por qué no la libras de su vigilante constante? ¿Por qué no nos permites vivir ya en paz los dos, sin personas a nuestro alrededor? Creo que habrás comprendido ya que no trato de luchar contra lo irremediable...

—Todavía no es el momento, Kilby. Ella seguirá vigilada en tanto tú no actúes con toda claridad, como uno de nosotros, como un amigo que acepta la situación y se adapta a ella.

—Quizá nunca me adapte —repliqué—. Pero eso no significa rebeldía.

—Nunca, es demasiado tiempo. Vas a vivir mucho. Llegará el día de tu adaptación, Kilby. Mientras tanto, Ivy seguirá vigilada. Y tú también.

—Es como vivir prisioneros.

—Es mejor que lo que tenías. Y además, esto te lo has buscado tú. Puedes irte.

—¿Definitivamente... no hay una mayor tolerancia para nosotros?

—No. Todavía no es el momento...

Sonreía siempre, por supuesto. Pero sus ojos tenían un raro fulgor. De pronto, se irguió. Me miró, tenso, añadiendo:

—¿Eh? ¿Qué es eso?

—¿Qué es... qué? —pregunté yo, inquieto, sin dejar de mirarle a él también.

—Mi mente... Capta algo raro. Algo que sucede en el hotel... cerca de Ivy...

—No entiendo... —murmuré, palideciendo—. ¿Qué le ocurre a Ivy? ¿Qué es ello, por Dios?

—Nada que yo controle. Es extraño... —su mirada me taladró virtualmente—. La mujer, la mujer que vigila a tu esposa... ¡Algo le sucede! Escapa... escapa cada vez más a mi control... Su mente... *¡Su mente se me va!* ¡Está empezando a ser de nuevo humana!

—Cielos... —Sentía frío en mi piel, a pesar de que ardía de

fiebre. Hasta entonces había dominado lo mejor posible mis agudos dolores de cabeza. Ahora, mis sienes parecían a punto de estallar y notaba mi mirada turbia. Tal vez el experimento iba ya demasiado lejos—. De modo..., de modo que ha ocurrido...

—¡Sí! —El Poder se volvió hacia mí, con ojos llameantes. Ya no sonreía su faz humana—. ¡Ha ocurrido, Marcus Kilby! ¿Qué juego es éste? ¿Qué has hecho, para conseguir tal cosa? He recibido un mensaje de auxilio... ¡Mi hermano me pide ayuda al parecer, dentro del cerebro de esa mujer que vigila a Ivy!... ¡Es obra tuya, Kilby! ¿Qué has hecho? ¿Cómo lograste... aniquilar a uno de los míos?

—De la única forma posible... —musité, apoyándome en el muro, muy cerca de él, sin dejar de vigilarle—. Me pregunto... me pregunto si también servirá contigo... o si esto significará mi muerte... y la de Ivy...

—¿Conmigo? —jadeó—. ¿A qué te refieres?

—Mi arma letal... Sí, amigo de otra galaxia —le miré, sonriendo triunfalmente—. Mi arma de muerte contra vosotros... Dejé una sustancia radiactiva cerca de esa mujer tuya... Y actuó como esperaba. Esa... esa radiactividad, los rayos Omega... *destruyen vuestros cerebros invisibles...* ¡Os aniquilan!

—Loco... Has firmado tu sentencia de muerte... y la de tu esposa —silabeó el Poder—. Puedes aniquilar a muchos de nosotros, pero... no... a mí... al... Poder...

De repente, parecía asombrado de sí mismo. Retrocedió, tambaleante. El cuerpo humano respondía torpemente a sus afanes, a sus esfuerzos mentales. Parecía ebrio.

—¿Qué... qué me sucede...? —jadeó—. ¿Qué me está... pasando..?

—El arma... —dije rabiosa, triunfalmente—. ¡El arma letal! También tú... también tú eres sensible a esa radiación que os desintegra y aniquila...

—Mientes... ¡Mientes, Kilby! Te aniquilaré yo... a ti... —me miró estúpidamente, dando manotazos—. Ni siquiera... pudiste... traer contigo... nada radiactivo. No llevas encima... objeto alguno...

—Te equivocas —sonreí duramente—. Lo llevo. Sólo que no donde buscaron tus hermanos. No donde tú imaginabas, sino *dentro de mí...*

—¿Den... dentro? —tartajeó torpemente. Y noté que su influjo

mental se diluía por momentos dentro de mi propio cerebro, poco antes golpeado por su fuerza terrorífica, por sus ondas psíquicas demoledoras—. ¿Qué... significa...?

—Absorbí la sustancia que emite los rayos O, la Energía Omega... —dije, avanzando hacia él—. Acosta de enfermar yo mismo... traje hasta ti esas radiaciones, que brotan de todos los poros de mi cuerpo, en dirección a tu maldito supercerebro... ¡Llevo docenas de cápsulas radiactivas en mi estómago! ¡Cada uno de los botones de mi ropa es una cápsula más actuando sobre mí, pero también sobre ti, dé modo mortal...!

—No, no puedes hacer eso... —gimió con voz apagada, cayendo de rodillas, debatiéndose estérilmente en el suelo, sin poder controlar su cuerpo, ni tan siquiera ya sus propias ondas mentales—. Si yo... muriese.. *todos morirían* conmigo... Porque yo... yo soy la célula central... Y mis hermanos sólo... sólo son... ondas controladas por mi propia mente... ¿Lo entiendes, Kilby? Ellos... *Ellos no existen por sí solos*... Son células parásitas, surgidas de mí... Al morir yo... perecerán *todos* ellos...

Asentí despacio, sombrío, sin dejar de contemplarle.

—Lo sabía —dije—. Lo sospeché hace tiempo. En realidad, todos esos millones de seres de tu planeta... no existían ya. Sólo tú, TU, existías aún... Eras un superior, es cierto. Un coloso mental. Al perder tu cuerpo... tu supercerebro calculó el modo de volver a una vida física... y crearte alrededor todo un mundo de monigotes dirigidos por ti... ¡Humanos, con tu propia mente *en todos y cada uno* de ellos!

—Maldito... Siempre sospeché... siempre temí... que la ciencia... la maldita ciencia... terminaría también conmigo... El más grande... Poder... El más grande ser viviente... de toda la creación... —sollozó como un niño recién nacido.

Luego, murió.

Vi caer su cuerpo, derrumbado. Supe que el supercerebro estaba aniquilado. Las ondas de otros mundos habían hallado su final en la Tierra.

—Lo siento, amigo —dije a aquel cuerpo inerte, que ya nada significaba—. Lo siento. Cometí un error humano... y he debido subsanarlo... aunque sea a costa... de mi propia vida...

Y caí yo también, vencido por mi propio hallazgo de aquella

radiación, mortífera para las ondas mentales de otra galaxia...

Era, también, la muerte. Mi muerte, sin duda alguna...

—Ivy... —susurré, antes de hundirme en la negra inconsciencia

—. Ivy, querida... Todo lo hice... por ti.

EPILOGO

—Ivy... No es posible... No pude salir con vida... —Calla, querido —su mano fría me confortó, al rozar mi mente sudorosa—. Reposa y no te excites. Son órdenes del médico...

—¿Médico? —gemí, tratando de mirarla, asombrado.

—Sí, el médico —me sonrió—. Pero un médico de verdad. Un ser humano. Como todos ahora. Lo lograste, Marcus La gente lo sabe. Lo puede recordar todo. Te deben la vida y el regreso a la normalidad. El mundo vuelve a ser como era. .

—Ivy... ¿Y mi mal...?

—Sanarás. El doctor dice que existe un medio, un procedimiento químico para librar al organismo de esas radiaciones... Sólo resultan letales para seres como... como los que vinieron de tan lejos. Tardarás en recuperarte, pero vas a sanar, Marcus. Aunque ya no gocemos de una vida eterna, lo que vivamos lo haremos felices...

—¿Felices? Pero, Ivy, al volver todo a ser como antes, también el Gobierno, las leyes, todo.. todo será igual...

—No; Marcus. Tu esfuerzo ha significado algo. La gente ha vuelto a la vida con una nueva conciencia. Antes de que pudiera estabilizarse otro gobierno totalitario, hubo un golpe de Estado incruento. Una auténtica federación de gobernantes se ocupó del poder y apartó de él a los tiranos de antes. Hay libertad y hay perdón e indulto para los que fueron rebeldes en otro tiempo. Los que fueron leales a aquellas gentes, pagarán sin embargo con la prisión durante largos años... Sí, Marcus. Después de todo... sirvió de algo... Tu pacto de entonces, tu sacrificio de ahora... han alumbrado un mundo nuevo y mejor. Puedes sentirte orgulloso de ti mismo, créeme.

—Gracias, Ivy —susurré aliviado, cerrando los ojos—. Todo eso... es lo más hermoso que jamás escuché. Si no hubiera sido por Gala aquel día... y luego por Aura, su hermana... jamás hubiera sospechado que la solución estuviera tan cerca de mis manos...

—Vamos, descansa ya y olvida todo eso —murmuró ella—. El médico dice que necesitas mucho reposo, mucha paz...

—Paz... —suspiré, tomando una mano de mi esposa, que besé fervorosamente—. Paz... Creo que tengo ya toda la del mundo a tu lado, querida mía...

Ivy se inclinó. Me besó en los labios.

Eso sí fue hermoso. Y me ayudó a quedarme dormido. Y a soñar.

A soñar con un mundo mejor y más humano. Un mundo que, en cierto modo, me debería a mí su existencia.

Era injusto. Después de haber vendido mi planeta; cuando menos tenía que recuperarlo muy mejorado...

FIN

Notas

¹ *Parte final del capítulo XII de la novela onírica y satírica de Lewis Carroll —seudónimo del reverendo Charles Lutwidge Dodgson—, que el escritor Victoriano dedicó a la niña Alicia Lidtleil, y que posteriormente alcanzara fama mundial como cuento para niños, aunque en su fondo y significado, Alicia en el País de las Maravillas diste mucho de serlo realmente. (N. del A.) < <*

² Referencia a pasajes del cuento de L. Frank Baum, *El mago de Oz*, llevado hace años a la pantalla con Judy Garland, y base para una farsa mitológica en el relato de ciencia ficción, también filmado recientemente, *Zardoz*. En el cuento original, su pretendido significado onírico no está tan claro como en la película, ni mucho menos. (N. del A.) < <